Christian Huyeng

Muerte en Bedford Haven



Un Caso Por
Ariadne Arlington

CHRISTIAN HUYENG

Muerte en Bedford Haven

Christian Huyeng

Muerte en Bedford Haven



Un Caso Por
Ariadne Arlington

Copyright © 2023 Christian Huyeng
Christianstr. 2
50825 Köln
autorbuer@gmail.com
Diseño de portada: Christian Huyeng
Corrección de estilo: Godebes Buch.Werk.Statt
Todos los derechos reservados.

Este caso se basa en un crimen real que tuvo lugar en 1932 en Farleigh Wallop, Hampshire.

Contenido

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

Los legendarios muffins de desayuno de la tía Dorothy, famosos incluso más allá del condado

Pastel ganador de Mrs. Mint

I

Se fue acercando poco a poco. Con sumo cuidado, bajó el picaporte conteniendo la respiración. Pero Jonathan no se movió en absoluto. Así que el somnífero ya había hecho efecto. Echó un vistazo a la izquierda, luego a la derecha, pero ni rastro de Harrison ni de la señora Blunt. Inspiró hondo una vez más y se deslizó dentro del gran despacho, donde ardía un fuego imponente en la chimenea, a pesar del clima suave de primavera. El aire era irrespirable y hacía un calor insoportable. El infierno, pensó. Y allí, desplomado sobre su enorme escritorio negro, estaba el amo de ese infierno, su infierno personal: Jonathan Hartbroke, tercer barón de Lingston y su odiado esposo. ¿Cuánto tiempo llevaba humillándola? ¿Torturándola? Ya ni siquiera lo sabía. Una eternidad. Toda una vida sometida al yugo de ese hombre espantoso, de ese tirano. Pero eso se había acabado, de una vez por todas.

Observó al hombre dormido e intentó recordar cómo era su rostro cuando sonreía. Oh, nadie podía negar que Jonathan era un hombre increíblemente apuesto. Y fue precisamente ese atractivo lo que la engañó en su momento. Esa sonrisa cautivadora, sus maneras encantadoras cuando deseaba algo. Ah, y cómo la había deseado. A ella, la heredera de Lingford Marmalade, el mayor productor de mermelada de todo el Reino Unido. En aquel entonces, los jóvenes hacían fila para cortejarla, casi rogaban por una oportunidad. ¿Y a quién eligió ella? Justo a Jonathan, cuyo supuesto encanto quedó desenmascarado ya durante la boda como una simple fachada; un hombre que mostraba más interés por sus perros de caza y sus caballos que por su joven esposa. Sí, un hombre que perseguía a todas las mujeres menos a la suya. Un hombre que disponía de su dinero y se atrevía a asignarle una ridícula paga semanal de su propia fortuna. Se acabó, para siempre. Ahí estaba el pisapapeles, una pirámide de mármol... Un golpe y todo habría terminado, un solo golpe y sería libre. Su mano tembló ligeramente al extenderla hacia el objeto y…

«¿Mrs. Arlington?»

¡Ay, maldita sea!

«¿Qué ocurre, Rosemary?»

«Sólo quería recordarle que dentro de dos horas tiene una cita en Bedford Haven, señora.»

¡Ah! Casi se le había olvidado. Ariadne suspiró y volvió a leer el último párrafo de su manuscrito. Uf, no estaba muy allá. ¿Por qué su protagonista explicaba todo otra vez? No tenía ningún sentido… Eso pasaba cuando una se dejaba llevar por un arrebato de la directora editorial y trataba de escribir una novela negra desde el punto de vista del asesino. ¡Una tontería monumental!

Sacó la hoja de la máquina de escribir, dudó un instante, la arrugó y la lanzó a la papelera, que ya estaba a rebosar. Mejor volver a un «Roland Arford investiga», al menos ahí sabía una a qué atenerse.

Bebió rápidamente su té ya frío, se levantó del escritorio y se estiró un poco. Sus collares tintinearon casi con musicalidad. Collares melódicos, qué bonita expresión… quizá debería anotarlo en alguna parte. ¿Dónde había dejado su libreta…?

«¿Señora?»

«¡Ya voy!» Suspirando, salió de su despacho y se dirigió al vestidor, donde Rosemary ya la esperaba con impaciencia.

«¿Quiere que le peine el cabello, señora?»

«Puedo peinarme yo sola, muchas gracias», dijo sentándose frente al tocador. «Y, por cierto, esto es un espejo, Rosemary. Puedo ver la cara que está poniendo.»

«¿Qué vestido quiere ponerse, señora? ¿El negro con los apliques dorados? ¿O el rojo? El nuevo, el que tiene ese bordado tan bonito», preguntó mientras abría el armario.

Ariadne se miró el pelo. Bueno, quizá no era la más hábil peinándose, pero con lo que tenía encima de la cabeza tampoco era fácil… Se echó hacia atrás un mechón con demasiado gris. Al fin y al cabo, daba igual lo que hiciera con el pelo, si iba a llevar sombrero durante el trayecto…

«Hoy no es la lectura. Es el domingo, en ese mercadillo benéfico. Hoy voy a Bedford sólo para hablar con la señora Thomas, por alguna razón que, al parecer, no se podía tratar por teléfono. Así que mejor meta el vestido en la maleta.»

«¿Prefiere entonces el conjunto sencillo? Con el poncho negro y el broche?»

«Sí, eso me parece adecuado. Bedford… todavía no puedo creer que haya aceptado esta locura», dijo mientras se empolvaba la nariz. ¿Un poco de pintalabios? No estaba de más.

«Un viajecito al campo es una delicia en esta época del año, señora», comentó Rosemary mientras rebuscaba en el armario.

«En general, no tengo nada en contra del campo, pero Bedford es… bueno, Bedford.»

«Pensaba que usted era de Bedford, señora», dijo Rosemary, que ya estaba hurgando en el cajón de las medias.

«Precisamente, Rosemary, precisamente.»

En realidad, no era de Bedford Haven, pero no iba a ponerse a explicárselo ahora.

«Seguro que todos están muy orgullosos de que una escritora tan famosa como usted haya salido de su pueblecito. No me extraña que le hayan pedido que entregue el premio de la tómbola del pueblo y que haga una lectura.»

«Sólo lo hago por tía Dorothy, puede creerme, Rosemary.»

¿Una lectura en Bedford? ¡Bah! Bien podría leerle a un rebaño de ovejas. Pero tía la había mirado con esa carita suya… ¿Qué iba a hacer una entonces?

'Cariño, ¡si es por una buena causa! ¡Hay que arreglar el tejado de la iglesia y con esos pasteles secos que hacen no van a recaudar ni la mitad!'

Podría haber extendido un cheque, pero no, tuvo que dejarse convencer… Y ahora no sólo ese día estaba arruinado, ¡sino todo el fin de semana! ¿Cómo iba una a terminar una novela en paz así? Y luego vendrían otra vez cientos de fans a atosigarla y hablarle de sus libros. ¡Qué agotador! En teoría, los lectores eran un concepto estupendo. Compraban los libros, los leían, perfecto. Pero no hacía falta conocerlos a todos en persona. ¿Se podía imaginar algo más tedioso que una firma de libros en la que cada segunda señora le decía lo mismo?

'Ay, Miss Arlington, ¡me encantan sus libros!'

'¡Siempre son tan emocionantes!'

O la joya de la corona: '¿Cómo se le ocurren estas ideas?' y 'Yo también siempre quise escribir un libro, escribía mucho en la escuela, ¿sabe?'. ¡Por el amor de Dios! Y luego querían saber cómo se escribe una novela. Pues cómo va a ser: te sientas y escribes hasta que terminas. De verdad, la gente…

«A mí me parece fascinante, señora. Todos esos fans, las colas en las mesas de firmas…», dijo Rosemary.

«Bueno… Sea tan amable de hacerme la maleta, ¿quiere? Estaré… déjeme pensar… cuatro días en Bedford.»

«Ya está hecha, señora. Me pidió que la preparara hace tres días, sólo falta meter el vestido.»

«Claro, por supuesto, era una prueba. ¡Magnífico! Bueno, voy a vestirme.»

¿Fascinante? Nunca entendió a esos colegas que disfrutaban de lecturas públicas y firmas. Ella se había hecho escritora para no tener que tratar con gente. En el fondo tenía alma de filántropa, pero para conservar ese espíritu humanitario, prefería tener el menor contacto posible con humanos reales.

«¿Quiere que…?»

«No, puedo sola, muchas gracias.»

Rosemary salió frunciendo el ceño y Ariadne suspiró. Al menos así podría hacer una pequeña escapada con Berta. ¡La pobre últimamente no salía nada!

Después de ponerse el vestido, volvió a examinar su "peinado" en el espejo. Siempre le pareció un misterio cómo otras mujeres lograban que esos elaborados recogidos se mantuvieran en su sitio. Ella sólo tenía que mover un poco la cabeza y ya se le caían los mechones. Daba igual cuántas horquillas usara… Pero bueno, durante el trayecto llevaría pañuelo y en el pueblo, sombrero siempre que pudiera. Tía siempre se había burlado de su pelo, que claramente tenía vida propia…

Buscó entre unos papeles y una bufanda la pequeña caja, tenía que estar por ahí… ¡ah, ahí estaba! Levantó la tapa y se llevó a la boca uno de los bombones escandalosamente caros, se dejó caer suspirando sobre el taburete frente al tocador. Aquellos chocolates había que dejarlos derretir muy, muy despacio. ¡Prohibido morder

antes de liberar la pequeña nuez del interior! Las personas que mordían bombones eran capaces de cualquier cosa.

Reconfortada por el dulce, miró el reloj. Ya era hora de que… El estridente timbre del teléfono la sacó de sus pensamientos. ¿Quién podía ser ahora?

«Señora, una llamada para usted. ¡Es la señora Shivering!», dijo Rosemary asomando la cabeza por la puerta.

«Voy», respondió, levantándose. ¿Qué querría ahora Margret? ¡Esa mujer era insufrible!

En el salón, respiró hondo y levantó el auricular.

«¡Margret, querida! Has tenido suerte de pillarme, estaba justo saliendo hacia Bedford Haven y…»

«Sí, sí, cariño, estupendo, la lectura, lo sé, lo sé. Ya hemos mandado los libros. Será un éxito, bla bla bla.»

¿Un éxito? ¿En Bedford Haven? ¿Margret se habría pasado con las sales aromáticas? Oh, conocía ese tono… ya verás…

«Pero dime, cariño, el manuscrito… ¿cuándo lo tendremos? Tendría que estar terminado hoy, y ya sabes cómo es esto. Que si los plazos, la revisión, la corrección, el diseñador quiere ir empezando con la portada… No quiero meterte prisa, pero tú sabes cómo es esto.»

«El nuevo 'Roland Arford' necesita un poco más de tiempo, tengo un caso fabuloso en Egipto, con una maldición y…»

«Cariño, eso suena estupendo, pero hablo de 'Asesinato en Braxton Hall'.»

«Ah, claro», dijo ella con su voz más inocente. «Sí, bueno, sobre eso… necesitaría una semana más. O dos. Bueno, tres como mucho. Me llevo el manuscrito a Bedford, claro, pero aún hay algunas cosillas que arreglar y…»

«¡Ariadne! ¡Me vas a volver loca, cariño! He dejado a Yolanda libre sólo para esto. Iba a trabajar en el nuevo libro de Agatha y no puedo tenerla esperando eternamente, lo sabes. Está saturada de encargos. Pero bueno, nos conocemos desde hace mucho, y si crees que necesitas otra revisión, no te lo voy a impedir. Una semana, ni un día más, cariño.»

«Sí, sí, lo tendré a tiempo.» ¡Ja! Ni de broma. ¡Esa idea absurda de Margret de escribir una novela desde otra perspectiva era un

completo disparate! Quizá debería entregarle una auténtica porquería, así no volverían a darle ideas tan ridículas…

«Bueno, me tengo que ir, querida. En cuanto lo termine, te aviso. ¡Ta!» Y colgó antes de que Margret pudiera tomar aire.

«Rosemary, ¿sería tan amable de meter mi pequeña máquina de escribir de viaje en la maleta? ¿Y el manuscrito, el de la carpeta roja de cuero?»

«Sí, señora.»

Una nunca tenía un momento de paz.

«¡Le deseo que se divierta muchísimo, señora!», dijo Rosemary, que estaba algo acalorada junto a la puerta. Al fin y al cabo, la buena mujer había bajado la pesada máquina de escribir y la maleta, a pesar de que ella le había dicho que no era necesario. Para eso estaba el conserje, al fin y al cabo le pagaba precisamente por ese tipo de cosas. Pero Rosemary la había mirado indignada y se había llevado el equipaje sin decir palabra.

«Tómese libre estos días», dijo Ariadne, echando un vistazo de reojo a Berta, que esperaba pacientemente junto al bordillo.

«Ay, señora, creo que aprovecharé el tiempo para hacer una limpieza a fondo: lavar las cortinas, sacudir los sofás, todas esas cosas que no puedo hacer cuando usted está en casa. ¡Cuando vuelva, no va a reconocer el piso!»

Ariadne esbozó la sonrisa más natural que pudo, porque eso era precisamente lo que le preocupaba. Ya había sufrido en otras ocasiones esos tsunamis organizativos de Rosemary, y luego se pasaba semanas sin encontrar nada.

«Deje el escritorio y el gabinete tal como están. Eso lo arreglo yo. Y ahora tengo que irme de verdad. Y usted, por lo menos esta tarde, se la toma libre. ¡Es una orden, Rosemary!»

«Sí, señora», mintió ella, y Ariadne lo notó perfectamente. Suspiró para sí y se giró hacia Berta.

«Ay, querida mía. ¡Por fin una salida las dos juntas, eh?»

Con la mano enguantada acarició con mimo el brillante esmalte rojo de su pequeño bólido, cuyo techo estaba recogido, dejando ver los elegantes asientos de cuero color crema. Berta era el mayor lujo

que le había dado su carrera de escritora, y en el tráfico de Londres rara vez tenía ocasión de pasearse con ella. Ah, "pasearse", qué palabra tan deliciosa. Tenía que anotarla en alguna parte. Su protagonista podría pasearse también. Sí, en un Aston Martin, por supuesto. Y rojo chillón, cómo no. ¿Dónde había dejado su libreta? Rosemary carraspeó detrás de ella y Ariadne colocó la maleta en el estrecho asiento trasero. Luego puso el bolso de viaje y la máquina de escribir en el asiento del copiloto. Se sentó en el coche, se ató el pañuelo de seda al cabello y sacó las gafas de sol de la guantera.

«Bueno, Rosemary, ¡nos vemos el lunes!»

II

Londres quedaba atrás y por fin podía pisar un poco el acelerador. ¿Había algo más delicioso que darse una vuelta con Berta? Soltó una risita; esa palabra se le había metido en la cabeza y ya no se la quitaba de encima.

«¿Preparada, querida?», gritó contra el viento mientras apretaba aún más el pedal. La carretera comarcal que conducía hacia Bedford Haven, en dirección suroeste, estaba completamente desierta aquel día. Normal: ni siquiera eran las tres de la tarde. Las personas con lo que solía llamarse un "empleo de verdad" estarían aún en sus oficinas, en cadenas de montaje o haciendo cualquier otro trabajo. Ah, las ventajas de ser escritora: incluso con una editora pesada como Margret respirándote en la nuca, una seguía siendo libre y sólo respondía ante sí misma y sus lectores. No podía imaginarse otra vida y…

«¡Madre mía!»

De pronto, la carretera estaba bloqueada por un rebaño de ovejas. Y no unas cuantas, no: ¡cientos! Frenó justo a tiempo, evitando convertir a los animales en pastel de carne, y respiró hondo varias veces. El pastor, acompañado de su perro, le sonrió, se llevó los dedos al sombrero y siguió guiando al rebaño al otro lado de la vía. Ovejas… De verdad. El hecho de que llevaran lana en lugar de trajes de tweed era la prueba definitiva de que había dejado la ciudad atrás.

Como aún tardarían en cruzar todos esos bultos lanudos, balantes y —para su sorpresa— bastante apestosos, rebuscó en la guantera y sacó otro bombón. Dos al día seguían siendo técnicamente compatibles con la dieta que le había recomendado el médico. ¡Ja! Como si tuviera un solo kilo de más. Se llevó la pequeña bomba de chocolate a la boca y siguió observando la escena rural. ¿Se podría escribir una novela sobre un pastor trashumante? ¿Muerte entre la lana? ¿Crímenes de cachemira? ¿El silencio de los corderos? Un hombre solitario, acompañado sólo por su perro fiel, asesinado por un criminal brutal… Por supuesto, el hombre tenía un pasado oscuro, huía de una vida anterior, de un crimen… quizá él mismo fuera el

asesino… oh, eso sí que tenía potencial. Había matado a una joven, se había escondido y convertido en pastor, hasta que el antiguo prometido de la víctima lo descubría y lo ajusticiaba… ¡Tenía que anotarlo! Estaba buscando su libreta cuando alguien tocó el claxon detrás de ella.

Al mirar, vio que el rebaño ya se había dispersado.

«¡Ya va!», gritó, pero el tipo en la furgoneta oxidada la adelantó en la estrecha carretera. Sólo alcanzó a ver que se trataba de un joven con gorra que pasó a su lado a toda velocidad.

«¡Será posible!», murmuró para sí y para el universo entero, antes de volver a poner en marcha el coche.

Media hora después, divisó el campanario de Bedford Haven. Para un pueblo tan pequeño, la iglesia era desproporcionada, razón por la que todo el mundo la llamaba, con cierta sorna, la "catedral". Condujo por una pequeña colina y allí estaba el pueblecito: la calle principal con sus tiendecillas, la plaza, el ayuntamiento, el cementerio y, por supuesto, la iglesia gigante. Poco más se podía ver en este lugar de ocho mil habitantes. Era el típico pueblo del sur de Inglaterra sacado de una postal, como los que aparecían en tantas novelas criminales de sus colegas. Desde allí no se alcanzaba a ver la mansión Bedford Manor, separada del centro por un bosquecillo. De niña había estado allí un par de veces. Quizá debería visitar a Zacchary, ya que estaba por la zona. Él era ahora el barón, y hacía diez, no, quince años que no lo veía. Vaya, incluso más. Había regresado de la Gran Guerra herido, en 1916. Lo vio entonces por última vez… eso ya hacía más de veinte años. Y estaba guapísimo, vaya si lo estaba… Quizá sí que debería pasar a saludar al apuesto barón…

La calle principal estaba bastante animada y su pequeño bólido rojo no pasó desapercibido. Algunos jóvenes la miraban con envidia, mientras que unas señoras mayores torcían el gesto. Les saludó con la mano y ellas se apresuraron a seguir su camino. En un lugar así, una casi esperaba que saliera una señora mayor de alguna casa para resolver asesinatos como hobby. Sonrió. Menos mal que Agatha se

encargaba de eso. Ella prefería a su distinguido y obscenamente rico Arford.

«Vaya, si es nuestro pequeño gamberro», dijo al pasar junto a la furgoneta que había visto antes, ahora aparcada frente a la oficina de correos. El conductor, que fumaba un cigarrillo, hablaba con otro joven vestido con un mono azul. Seguro que acabaría averiguando quién era. Estaba bastante bien, eso sí había que reconocerlo.

Pero ahora, primero, a ver a la tía. Seguro que tenía uno de sus deliciosos pasteles de fruta recién hechos, y en ningún sitio se tomaba el café tan rico como en su casa. Pensar que esa mujer cumpliría noventa este invierno… ¡una verdadera joya!

Aparcó junto al alto muro de piedra que separaba la casa y el jardín de tía Dorothy de la calle. La iglesia y el cementerio quedaban a tiro de piedra.

'Eso es muy práctico, así puedes ir a visitar a los viejos amigos en un momento', decía siempre tía.

Tras comprobar en el retrovisor que su peinado bajo el pañuelo era, como cabía esperar, un desastre, bajó del coche y sacó la maleta del asiento trasero. Aunque tía Dorothy tenía una ama de llaves, la buena de Miss Harlton ya pasaba de los setenta, y a veces no estaba claro quién cuidaba de quién. Miró la sombrerera y la máquina de escribir, pero decidió que primero llevaría la maleta, que ya pesaba bastante. Robos, en este sitio, eran lo último que le preocupaba.

Con esfuerzo, consiguió abrir la verja de hierro forjado, que chirrió como siempre. Inmediatamente, Mr. Higgins vino corriendo hacia ella ladrando. Bueno, "corriendo" no era la palabra. Ese perro salchicha más bien tambaleaba o saltaba… o algo por el estilo.

«¡Hola, apestoso! ¿Me has echado de menos?», preguntó, y el jadeante Mr. Higgins se le subió encima. A pesar de que la salchicha andante no era muy grande, con la maleta casi perdió el equilibrio sobre el camino de grava.

«¡Venga, entra ya! ¡Te he traído algo! ¡Una salchicha deliciosa!»

Eso bastó. El perro viejo volvió a moverse en dirección a la casa, cuya puerta acababa de abrirse.

«¡Miss Arlington! ¡Ya está aquí! ¡Qué alegría!», dijo Miss Harlton con una sonrisa de oreja a oreja.

«¡Muy buenos días! ¿He llegado demasiado pronto?»

«¡Qué va! ¡Para nada! Pase, pase. Su tía está en el jardín, ahora mismo le saco el café. ¡Es un placer tenerla de nuevo entre nosotras, querida!»

Miss Harlton, aún sonriente, se fue hacia la cocina mientras Mr. Higgins le rondaba las piernas como un gato desquiciado. ¿Un gato salchicha? ¿Un salchat? Quizá buena idea para un cuento… ¡y nunca llevaba la libreta encima cuando la necesitaba! Se detuvo un instante en el recibidor estrecho pero ordenado y aspiró ese aroma tan particular que siempre la transportaba a su infancia. Almohadillas de lavanda, té, el perfume dulzón de la tía, bizcocho recién hecho y jabón de pastilla. ¡Un olor como una sinfonía! Olfateó un poco más, dejó la maleta junto a la escalera, se quitó el pañuelo y las gafas de sol y se miró en el espejo del perchero. El peinado no tenía arreglo, pero tía no diría nada: el pelo rebelde era cosa de familia.

Cruzó con paso decidido el salón y se dirigió a los grandes ventanales franceses que ella misma le había regalado a su tía por su cumpleaños el año pasado. Así se llegaba antes al jardín y por fin entraba algo de aire y luz en esa estancia.

Su tía estaba sentada bajo el nuevo pabellón blanco en el centro del jardín, tan erguida como siempre. Su cabello, una nube blanca, enmarcaba su rostro, que se iluminó al verla.

«¡Ari! ¡Por fin! ¡Llevo horas aquí esperando!», exclamó, y Ariadne fue a su encuentro. Beso a un lado, beso al otro.

«Estás estupenda. ¿Has adelgazado? El vestido no te sienta, pero da igual. Siéntate, tengo que hablar contigo de tu nueva novela. ¿Un pervertido? No sé yo… Ay, ya estoy otra vez como siempre, ¿verdad?», dijo Dorothy y se detuvo. Ariadne rió, la abrazó de nuevo y se sentó.

«El vestido me sienta de maravilla, gracias, sí he perdido peso, no te imaginas el estrés que tengo con mi nueva novela, y ¿qué problema hay con un pervertido?»

Se enfrascaron en la trama del último libro de Arford y, al cabo de unos minutos, Ariadne sintió cómo empezaba a disiparse parte de la

tensión que llevaba semanas acumulando. Quizá sí había sido una magnífica idea quedarse unos días en Bedford.

«Aun así, querida, esos pervertidos siempre me ponen incómoda. Ya sé que en realidad no lo es, pero el hecho de que haga creer a todo el mundo que ese es su motivo dice mucho del estado mental de ese hombre.»

«Al menos no dices nada del mío», respondió sonriendo.

«Aquí está el pastel. El café lo traigo enseguida», anunció Miss Harlton, que sostenía una gran bandeja.

«Tarta de fresas, la he hecho esta mañana. ¡La cosecha de este año es tan abundante que ya no sé qué hacer con tanta fruta!», dijo Dorothy.

«Tiene una pinta deliciosa. ¿No habrá también…?»

«¿Nata? ¿Por quién me tomas? Por supuesto. Miss Harlton, sea un encanto y traiga también la nata, ¿quiere? Y un plato, va a sentarse con nosotras. Lleva todo el día sin parar, necesita descansar un poco.»

«Sí, señora», respondió ella antes de desaparecer de nuevo en la casa.

«La pobre… tiene un reuma terrible, pero no quiere que se note. Hoy fue a hacer la compra, limpió tu habitación… Yo fregué un poco a escondidas, limpié las ventanas del salón y puse una lavadora», dijo Dorothy, sirviendo una porción enorme de pastel en el plato de Ariadne.

«¿Sabes que ella es tu ama de llaves, no al revés?»

«¡Ay, tonterías!»

«¿Y quién es exactamente esa tal Mrs. Thomas?», preguntó Ariadne mientras daba un sorbo a su café. «No la recuerdo para nada.»

«No me extraña. Tú eras aún muy pequeña cuando se fue de Bedford. Debió de ser en 1882, si no me equivoco. Se casó entonces con un joven muy apuesto y se mudó con él a Kent, con su familia. Él tenía una hermana mucho menor que sufría una enfermedad nerviosa y necesitaba cuidados», explicó Dorothy mientras recogía las últimas migas de su plato.

«Una mujer de muy buen corazón», dijo Miss Harlton, y Dorothy alzó una ceja.

«Bueno… digamos que un poco ingenua. Muy religiosa y siempre muy educada, eso sí, no voy a decir otra cosa. Pero… sencilla, muy sencilla. Esa hermana que te mencionaba se casó en 1910 y en 1915 ya tuvo una hija. Su marido también era algo… peculiar, como ella, y por eso no fue al frente. Pero los dos murieron durante la gripe española. Fue una época espantosa.»

Ariadne asintió. La gripe española también había dejado estragos terribles en su vida.

«El marido de Mrs. Thomas murió también por eso, la pobre. Todos lo pasamos mal entonces, pero ella lo tuvo especialmente difícil. Mrs. Thomas se hizo cargo de la niña. Y hace un año falleció también su madre, Mrs. Ingleton. A esa sí que la recuerdas, ¿verdad?»

Ariadne no estaba segura, pero asintió por si acaso.

«¿De verdad que no te suena? La casa justo al lado del puesto de hortalizas de Mrs. Barton, siempre tenía unos Yorkshire terriers», dijo Dorothy con una sonrisa.

«Ah, sí, claro, me acuerdo de esos perrillos chillones», dijo ella, y se sirvió otro minúsculo trozo de pastel. Si lo cubría bien con nata, técnicamente no contaba…

«Pues ahora Mrs. Thomas tiene setenta años y tiene a su cargo a una pupila de apenas veinte. No es una situación nada fácil.»

«¿Y esa Mrs. Thomas organiza el mercadillo parroquial?»

«Sí, es la presidenta del consejo de la iglesia, organiza un grupo de labores y cosas así. Miss Millfold también dice que tiene un toque raro», añadió Dorothy.

«¡Miss Arlington!», protestó Miss Harlton.

«¿Qué pasa? Ayer le llevé una tarta de fresas y salió el tema. Miss Millfold quería que le pasara un patrón antiguo de punto, y así acabamos hablando del grupo de labores y… ya sabes, una cosa lleva a la otra.»

Ariadne sonrió para sí. Su tía horneaba pasteles casi todos los días y siempre encontraba un vecino a quien llevárselo. Así se enteraba de todos los cotilleos del pueblo. Tenía ese don: en su presencia, todo el mundo hablaba con total libertad. A veces se preguntaba si

su colega Agatha conocería a Dorothy y se habría inspirado en ella para crear a Miss Marple. No es que tía se dedicara a resolver asesinatos —aquí no había de eso—, pero igual que la dama de ficción, observaba y escuchaba todo lo que pasaba en Bedford.

«¿A qué hora tienes tu cita con Mrs. Thomas?», preguntó entonces Dorothy.

«A las cuatro», respondió.

«¡Son las cuatro menos cinco!», exclamó Miss Harlton, mostrándole su reloj de pulsera.

«¡Dios mío, pues más me vale darme prisa!»

Se levantó, besó a Dorothy en la mejilla, saludó con la cabeza a Miss Harlton y regresó rápidamente a la casa. ¡Un sombrero, necesitaba urgentemente un sombrero!

III

Los preparativos para el mercadillo tenían lugar en el pequeño salón parroquial junto a la iglesia, según le había contado Dorothy. Conocía bien aquel edificio de piedra gris con los marcos y postigos pintados de verde. Allí había ensayado obras de teatro en sus vacaciones escolares, sudado en clases de gimnasia, asistido a más de una fiesta popular… y, tuvo que reprimir una risita, había dado su primer beso. Con Matthew Stone. Ahora regentaba la carnicería familiar del pueblo. ¡Menos mal que nunca se enamoró de él!

Casi creyó oír la música de la banda de entonces cuando empujó la pesada puerta. Una campanilla tintineó.

«¡Un momento, ya voy!», gritó alguien desde el salón principal, probablemente Mrs. Thomas.

El edificio le pareció más deslucido que en sus recuerdos. El suelo de piedra estaba cubierto de polvo y el gran espejo junto al perchero, completamente empañado.

«¡Ah, Mrs. Arlington! ¡Qué alegría! Me hace muchísima ilusión que haya podido venir. ¡He leído todos sus libros, soy su mayor admiradora!»

La mujer que apareció en el vestíbulo llevaba un delantal floreado sobre una falda gris y una blusa sencilla. El cabello, corto y canoso, era áspero y rebelde. Se acercó radiante a Ariadne y le estrechó la mano.

«Mrs. Thomas, supongo.»

«Ay, qué modales los míos, sí, pero por favor, llámeme Hazel, todo el mundo lo hace. Aún no puedo creer que esté usted aquí. ¿Le apetece una taza de té? Justo he preparado una tetera. Venga, vamos a sentarnos.» Le tomó del brazo y la arrastró casi literalmente hasta el salón principal, lleno de mesas repletas de cajas que amenazaban con vencerse por el peso.

«Aparto esta caja y nos sentamos», dijo Mrs. Thomas mientras levantaba con esfuerzo un cartón lleno de juguetes de madera.

«Muy impresionante todo lo que han montado aquí», comentó Ariadne. Había artículos de cocina, ropa, libros, juguetes… el lugar estaba repleto de donaciones que se venderían en el mercadillo para

recaudar fondos para reparar el tejado de la iglesia. Quién iba a comprar todo aquello era un misterio, ya que venía de los propios vecinos, pero el empeño de Mrs. Thomas y las demás señoras del grupo parroquial era innegable. Todo un logro.

Ariadne se sentó cuando Mrs. Thomas, sonriente, se lo indicó y le sirvió una taza de té.

«Las mujeres del grupo han trabajado muchísimo. Y también habrá una gran mesa de tartas, juegos, actuaciones musicales… ¡Va a ser una fiesta estupenda! Seguro que conseguimos el dinero que hace falta para las obras.»

«Sí, estoy segura. Yo donaré todo lo que se recaude con la venta de mis libros. ¿Mi editora ya le envió los ejemplares?»

«Sí, llegaron ayer, ¡diez cajas! Las dejamos en la sacristía, ahí están a salvo. Ay, Mrs. Arlington, de verdad, es un honor que venga a hacer una lectura.»

«Sí, sobre eso… ¿cómo lo habían pensado?»

«Bueno, como el tiempo está tan bueno, pensamos montar una de las carpas grandes en el prado, junto a la del té. Allí John podría instalar un pequeño escenario, ¿qué le parece? Por cierto, la esposa de John es su mayor fan, ha leído todos sus libros.»

Al parecer, en aquel pueblo todos eran su mayor fan y lo habían leído todo. Eso complicaría la venta de ejemplares, si todas llegaban a la firma con su colección completa… Bueno, siempre podría hacer una donación de su propio bolsillo.

«Me parece estupendo, Mrs. Thomas. Y también debo entregar un premio, ¿verdad? Creo que…»

Un ruido fuerte la interrumpió, seguido de lo que podría haber sido un grito.

«¿Qué ha sido eso?», preguntó, levantándose.

«Creo que venía de la iglesia», respondió Mrs. Thomas, que también se incorporó. «Seguro que son niños traviesos. Ya le he dicho al vicario mil veces que cierre con llave durante el día. ¡La semana pasada, sin ir más lejos, tres niñas estaban jugando al escondite dentro! ¡Hay que ver!»

Ariadne podía imaginárselo perfectamente. Hacía más de cuarenta años, ella misma y sus amigas habían hecho exactamente lo

mismo…

«Será mejor que echemos un vistazo, eso sonó un poco preocupante», dijo Ariadne y se dirigió hacia la pequeña puerta lateral que conectaba con la iglesia. Mrs. Thomas la siguió.

Justo al cruzar el corto sendero de grava entre el salón y la iglesia, vio a un hombre que se alejaba corriendo por el prado tras la iglesia, en dirección al bosque.

«¡Eh! ¡Deténgase!», gritó, pero el hombre, con sombrero y un abrigo oscuro completamente inadecuado para el clima, siguió corriendo.

«¡Qué maleducado!», murmuró ella mientras abría la pesada puerta con herrajes de metal que daba a la sacristía.

Le sostuvo la puerta a Mrs. Thomas y entraron juntas.

«Al menos no parece un ladrón», dijo Ariadne. Un asesinato en una iglesia… eso sí que daría para una buena novela. Un cadáver en el altar, o El vicario muerto. Se palpó el bolsillo de la chaqueta. ¡Ay, su libreta! ¿Dónde se habría metido esta vez?

Mrs. Thomas miraba la sacristía frunciendo el ceño. Todo parecía en orden: ningún armario abierto, ningún cajón revuelto. Ariadne siguió por el pasillo hacia la nave principal. También allí todo parecía normal a primera vista. ¡Ah! ¡Ese debía de ser el ruido! Una gran cruz de madera había caído al suelo; solía colgar de unas cuerdas sobre el altar. Espera…

«¿Ha encontrado algo?», preguntó Mrs. Thomas.

«Sí, me temo que sí. Será mejor que no entre. ¿Puede llamar a la policía, por favor? Y también a un médico. Parece que ha habido un accidente.»

«¿Un accidente? ¿Pero qué ha pasado?», preguntó Mrs. Thomas con voz temblorosa.

«Por favor, ¡rápido!», dijo Ariadne, y entró en el presbiterio. Oyó a Mrs. Thomas salir de la sacristía, respiró hondo y se acercó al lugar del accidente.

Junto a la cruz caída había una escalera de madera volcada, y debajo de la cruz, el cuerpo de un joven que no se movía.

No hacía falta ser detective ni escritora de novelas negras para saber que ya no volvería a moverse. Aun así, se agachó con cuidado

junto al joven moreno y buscó su pulso.

Vaya, en la vida real esto no tiene nada que ver con mis novelas, pensó, mirando el cuerpo del desafortunado. Espera… ese rostro le sonaba. Claro: lo había visto hablando con ese gamberro al llegar. El del mono azul. ¡Oh! El que había huido corriendo. ¡Tenía que ser el asesino! Lo había sorprendido en la escalera, discutieron y el otro la empujó. ¡Tenía sentido! No, un momento. ¿Y si al empujar la escalera también había hecho caer la cruz? ¿Era eso posible? ¿O simplemente vio al joven muerto y salió huyendo? Vamos, Ariadne, piensa. ¿Cómo lo habrías escrito tú?

«¿Charles? ¡Dios mío! ¡Charles!», gritó Mrs. Thomas, que había entrado en la iglesia a pesar de lo que le había pedido.

Ariadne la tomó por los hombros y la condujo de nuevo a la sacristía.

«Voy a traerle un vaso de agua. ¿Ha llamado ya a la policía? ¿Mrs. Thomas? ¿Mrs. Thomas?»

Ella miraba hacia la puerta con los ojos vidriosos, pero asintió lentamente.

Estupendo. Ahora no sólo tenía encima una lectura pública, ¡sino también un asesinato de verdad! Su vocecita interior de escritora murmuró: Bueno, al menos esto se pone interesante. Podemos aprovechar para documentarnos, esta oportunidad no se da todos los días.

«Qué comentario tan de mal gusto», se dijo en voz baja mientras buscaba un vaso. Pero claro… también tenía razón.

IV

«¡Pobre Hazel!», dijo el vicario Cronby mientras observaba a Mrs. Thomas, que, con una manta sobre los hombros, hablaba con el recién llegado inspector jefe Jones, mientras varios agentes uniformados inspeccionaban la iglesia. Un forense examinaba el cuerpo sin vida de Charles Sutcliff, que seguía tendido bajo la cruz.

«Sí, estas cosas siempre impresionan. No es algo a lo que una esté acostumbrada», respondió Ariadne, sin apartar la vista de lo que ocurría. Aquello era, simplemente, demasiado interesante…

«¡Pero que haya sido precisamente Hazel quien encontrara al pobre muchacho!»

«¿Por qué? ¿Tenía alguna relación especial con él? En realidad fui yo quien lo encontró.» Ahora sí que le prestó toda su atención al vicario.

«¿No lo sabía? Charles era casi como un hijo para Hazel. Provenía del mismo pueblo que su cuñada y su hermano —que en paz descansen—. Era un muchacho… sencillo, si me entiende.»

Por lo visto, aquel pueblo estaba repleto de personas "sencillas", si se pensaba en la historia de la familia de Mrs. Thomas. Ariadne asintió, aunque se quedó con ganas de más detalles. Pero para eso estaba su tía, que seguramente ya sabía que habían hallado muerto a Charles en la iglesia.

«Y Samantha, la sobrina de Hazel que vive con ella, también es una joven… simple. La pareja tenía todo el sentido del mundo.»

«Un momento. ¿Charles era entonces el novio de Samantha Thomas?»

«Sí, incluso su prometido. Puede que no fuera el más brillante, pero era amable, siempre respetuoso y muy hábil con las manos. Empezó a cortejar a Samantha cuando ambos vivían aún en Yorkshire, ¿sabe? Luego Hazel lo ayudó a instalarse aquí y demás.»

«¿Trabajaba para la parroquia?»

«Sí, llevamos mucho tiempo sin sacristán. Las flores y esas cosas las arreglan las mujeres del grupo parroquial —Hazel sobre todo—, pero para reparaciones, jardín y todo lo demás, estaba Charles.»

Se acomodó la chaqueta y sintió su libreta en el bolsillo. ¿Cómo había llegado hasta ahí? La sacó —con un lápiz dentro, por suerte— y anotó: prometido de Samantha, lento pensando, encargado de mantenimiento.

«¿Puedo preguntar por qué toma notas? Todo esto parece un trágico accidente, nada más.» El vicario se inclinó hacia ella. «¿O es que su instinto criminalista está en alerta?»

Alzó una ceja. El entusiasmo del vicario era un poco sospechoso.

«Yo diría que más bien es intuición femenina. Dígame, vicario, Charles no vivía con Mrs. Thomas, ¿verdad?»

El vicario abrió los ojos.

«¡Oh, no, por supuesto que no! Vivía en un pequeño apartamento en el piso superior del centro parroquial. Nada lujoso, pero al menos era su espacio.»

«Claro, y con el añadido de tener el trabajo a pocos pasos. Dígame, ¿tenía Charles algún problema? Ya sabe cómo son a veces los jóvenes: un par de cervezas de más y…»

«Oh, no, Mrs. Arlington. Charles no bebía, nunca. Y tampoco tenía problemas. Amigos no muchos, era nuevo en el pueblo. Usted sabe que en las comunidades pequeñas a veces cuesta integrarse.»

Ariadne asintió, aunque tomó nota igualmente. El vicario sabía bien de lo que hablaba: él también era relativamente nuevo en Bedford. Pero que no hubiera tenido ni un solo conflicto… eso le costaba creerlo.

«¿Conoce a algún joven que tenga una furgoneta?», preguntó de repente. «Unos veinte, veinticinco años, alto, delgado.»

El vicario se apoyó en la mano.

«Con lo de la furgoneta acaba de describir a media población de aquí. No sabría decirle un nombre en concreto. Pero da la impresión de que usted sospecha que ha ocurrido algo más.»

«Usted mismo ha dicho que Charles no bebía, que era apañado y trabajador. ¿Por qué, entonces, se caería sin más de una escalera?»

«No se ha caído sin más.»

Ariadne alzó la vista.

«Ah, inspector jefe. Justo quería hablar con usted», dijo, poniéndose en pie.

«Sí, por supuesto, también tomaré su declaración, Mrs. Arlington, pero le adelanto que todo indica que fue un desafortunado accidente. Nada que pueda aprovechar para uno de sus libros. Según Mrs. Thomas, el señor Sutcliff estaba limpiando el polvo de la cruz.»

«Sí, eso es cierto, fui yo quien le pidió que se lo comentara. Ay, ¿debería sentirme culpable ahora?», dijo el vicario con expresión preocupada. Ariadne no pudo evitar pensar que el clérigo era bastante atractivo. No, no, no era el momento para eso…

«No se preocupe. Al parecer perdió el equilibrio en la escalera y, al intentar sujetarse de la cruz, las viejas cuerdas no aguantaron y lo aplastaron.»

«Pero notó que el pasador de seguridad de la escalera no estaba puesto, ¿verdad?», preguntó Ariadne. El vicario la miró con sorpresa y el inspector frunció el ceño.

«Me fijé en cuanto me acerqué a comprobarle el pulso», explicó ella.

«Eso es cierto, Mrs. Arlington, pero… ¿qué sugiere con eso? Podría haber sido un descuido, o simplemente estaba distraído. Mrs. Thomas dijo que el señor Sutcliff…»

«No era muy rápido pensando, sí. Pero nuestro estimado vicario acaba de decirme que era muy hábil con las manos. No hace falta un título de Oxford para saber colocar una escalera correctamente, ¿no?»

«La mayoría de los accidentes ocurren en casa», murmuró el vicario, bajando la mirada.

«Aun así, cosas así pasan.»

«Pero no es todo, inspector jefe. Estaba con Mrs. Thomas en el salón parroquial cuando oímos el estruendo. Salimos de inmediato y al cruzar el sendero vi a alguien huir. Incluso le grité, pero siguió corriendo hacia el bosquecillo.»

El ceño del inspector se frunció aún más.

«¿Un hombre? Mrs. Thomas no mencionó eso.»

«Ella estaba justo detrás de mí, tuvo que verlo. Pero probablemente está en estado de shock. Si me dejara hablar con ella otra vez…»

«No, Mrs. Arlington, eso corresponde a la policía. ¿Puede describir a ese misterioso sujeto?»

«No con detalle. Sólo lo vi de espaldas. Parecía joven, por cómo corría. Pelo oscuro, creo. Llevaba una gorra de las planas y un traje de tweed bastante simple, con un abrigo oscuro encima. Me sorprendió, con el calor que hace.»

«Seguramente era alguien que visitaba el cementerio», dijo el vicario.

«Ya lo ve, Mrs. Arlington. Una explicación de lo más razonable y sin misterio alguno.»

«¿Quiere entonces dar esto por cerrado como un simple accidente?»

«Por el momento no hay nada que indique lo contrario.»

«No estoy tan segura», replicó ella.

«¿Y eso lo dice por su experiencia como novelista? ¿Usted lo habría hecho de otro modo?»

«Puede ahorrarse ese tonito. Y para que lo sepa, sí, lo habría hecho exactamente así para disfrazar un asesinato. Alguien quita el pasador de la escalera, le da un empujón…»

«¿Y ese alguien sabía que el señor Sutcliff intentaría agarrarse a la cruz? Suena bastante rebuscado, ¿no?»

«Para nada. No tenía por qué saberlo. La escalera mide, ¿cuánto?, ¿tres o cuatro metros? Caer de ahí sobre el suelo de piedra basta para romperse el cuello. Quizá ni siquiera pretendía matarlo. Tal vez fue una broma pesada que salió horriblemente mal.»

«¿Y el misterioso señor con tweed y abrigo era su bromista?»

«¿Por qué no? Debería investigar un poco. Tal vez hubo algún conflicto entre Charles y alguien del pueblo, quizás…»

«Gracias, Mrs. Arlington, pero no empecé ayer en esto. Sé reconocer un accidente cuando lo veo. Por eso le pido, por favor, que se mantenga al margen.»

Ariadne sonrió.

«Por supuesto, inspector jefe. Y ahora, si me disculpa, tengo que ocuparme de mi tía. ¡Que tenga usted un buen día!»

¡Ja! ¡Eso de "mantenerse al margen" lo vería él! Ya se encargaría ella de dejar en evidencia a ese engreído de Jones. Si aquello había

sido un simple accidente, ¡entonces a partir de ahora solo escribiría novelas desde el punto de vista del asesino!

V

«¡Qué horror! ¡Una auténtica tragedia! Pobre hombre… tan joven y ahora esto. ¡Con toda una vida por delante! Pero siempre lo he dicho: esas escaleras son un peligro. Y si encima uno se sube solo, bueno, entonces un accidente es sólo cuestión de tiempo. Yo misma me caí hace dos años limpiando las ventanas con la escalerita de cocina y me rompí un brazo. Siempre se dice: "Los accidentes ocurren sobre todo en casa", ¿verdad?», comentó Miss Harlton mientras servía el té.

«¡Eso no fue un accidente! Estoy convencida», dijo Ariadne. Miss Harlton la miró con los ojos muy abiertos y luego se sentó en su sillón.

«¿Cree que fue un asesinato? ¡Qué espanto! No puedo imaginarme algo así. ¡Y aquí en Bedford!»

«Ay, no digas tonterías, querida. Si no fue un accidente, ¿entonces qué? ¿El suicidio más ridículo de todos los tiempos? Los crímenes ocurren en cualquier parte, ¡y cuando menos te lo esperas!», dijo la tía Dorothy, llevándose la taza a los labios. «Entonces, ¿qué te hace pensar que fue un asesinato?»

Ariadne dejó su taza y reflexionó un instante. ¿Estaba tan segura como decía?

«Por un lado, está el hecho de que el pasador de seguridad —o como se llame— no estaba colocado en la escalera. Quizás Charles lo vio, pero pensó: "He subido y bajado por esta escalera cientos de veces, no va a pasar nada". Entonces, quien quiera que fuese, se coló en la iglesia, le dio un buen empujón a la escalera y… zas. Él se agarra a la cruz, las viejas cuerdas no aguantan y se viene todo abajo. El inspector jefe no quiso escucharme, pero vi a un hombre huyendo por el cementerio. Tal vez fue él. Aparte de mí, sólo estaba Hazel cerca, pero ella estaba en el salón parroquial cuando ocurrió. No vi a nadie más. Así que ese desconocido es el sospechoso número uno.»

«¿Y Hazel no lo vio?», preguntó Dorothy mientras cogía una galleta.

«¡Tenía que haberlo visto! Además, grité. No entiendo por qué le dijo otra cosa a la policía», respondió Ariadne, volviendo a tomar su taza. Ese detalle era muy extraño. Hazel iba justo detrás de ella… Tendría que hablar con ella cuanto antes.

«Quizás reconoció al hombre y no quiso que lo metieran en problemas», sugirió Miss Harlton.

«Buena observación, querida, muy buena. Puede que supiera quién era… y cuando vio el cuerpo de Charles, ató cabos y decidió protegerlo. Alguien con quien Charles pudo haber tenido algún conflicto», dijo Dorothy, pensativa, antes de darle un mordisco a su galleta.

«El vicario dijo que Charles no tenía amigos en el pueblo, pero tampoco enemigos», señaló Ariadne.

«Ay, ya sabes cómo son estos pueblos. Todo parece muy armonioso y perfecto, pero no es más que fachada. ¡Mejor no levantar demasiadas piedras, porque lo que sale debajo…! Siempre hay rencillas. ¿Dirías que el hombre era joven o mayor?»

«Pues como salió corriendo tan rápido, yo diría que era de la edad de Charles.»

Dorothy aplaudió con entusiasmo.

«¡Ahí lo tienes! Los hombres de esa edad son casi todos unos fogosos. Charles quizá no, pero la mayoría sí. Podría haber habido una discusión en el pub, quizá Charles miró demasiado a la novia de otro, empiezan a lanzarse palabras, y Charles, con su carácter más bien lento, no sabe cómo reaccionar. Pero físicamente era fuerte, con tanto trabajo manual, así que tal vez le dio un empujón al otro. El otro se sintió humillado y no quiso dejarlo pasar.»

Ariadne tamborileó con los dedos sobre la mesa.

«No cuadra —y desde luego ya sería el tema de conversación en todo el pueblo», dijo finalmente.

«Tú eres la experta en asesinatos. ¿Cómo lo habrías hecho tú?»

«Pues esa historia del enfrentamiento puede tener sentido, aunque no si fue pública. Pero si fuera así, ¿para qué complicarse tanto? Esos tipos que describes resuelven las cosas a golpes, o con una navaja, o incluso con una pistola. Pero no harían algo tan rebuscado. Si soy sincera, esto me parece más el estilo de una mujer. Una vez

entrevisté a un psicólogo para documentarme para mi novela Delirio fatal. Fue fascinante. Lo que pueden deducir de una conversación… Y ¿sabíais que hay personas completamente incapaces de sentir empatía? Nada, ni una chispa. Pueden matar a alguien y después seguir con su día como si nada… perdón. El doctor —un joven austríaco muy apuesto, por cierto— me explicó que muchas mujeres matan de forma que les permita no estar presentes cuando ocurre el crimen.»

«Veneno. El método clásico de una mujer», dijo Dorothy.

«¿Eso no es un cliché?», preguntó Miss Harlton.

«No necesariamente. Con el veneno puedes preparar, por ejemplo, la comida del marido infiel, dejarla lista en el fogón y marcharte tranquilamente a tomar el té con unas amigas o de compras.»

«Para tener una coartada», dijo Dorothy.

«No exactamente. Según el doctor Schöneich —ya dije que era austríaco—, se trata más bien de una forma de alejarse emocionalmente del acto. Si no estás presente, no lo ves, no lo vives. La mujer puede convencerse a sí misma de que ella no ha hecho nada.»

«Muy interesante, pero nuestro pobre Charly no fue envenenado», señaló Dorothy.

«No, pero sí fue un crimen premeditado y ejecutado de tal forma que la autora no tenía por qué estar allí.»

«¿Y el hombre que viste? Ariadne, estás muy callada. ¿Qué se te pasa por la cabeza?»

«El vicario me dijo que Charles estaba prometido con la sobrina de Mrs. Thomas, esa tal Samantha, porque ambos eran… un poco lentos mentalmente. ¿Y si Samantha no quería casarse con él? Se ha enamorado de uno de esos jóvenes apuestos del campo y quiere deshacerse de Charles. Prepara la escalera y luego envía a su amante a la iglesia. Él debía asustar a Charles para que se cayera… Podría ser, aunque…»

«¿Aunque qué, cariño?»

«Yo no lo habría hecho así. Es todo demasiado poco fiable, demasiadas cosas pueden salir mal. Charles podría haberse caído sin

más y haberse roto una pierna. Nadie podía prever que se llevaría la cruz por delante.»

«Quizás el hombre estaba allí precisamente por eso, para asegurarse. Si Charles sólo se hubiese roto un brazo, entonces…», dijo Miss Harlton.

«No me convence. Mi editora diría que las motivaciones de los personajes no están bien trabajadas. ¿Qué me puedes contar de esa Samantha, tía?»

«Pues no es precisamente una lumbrera, como dijo el vicario, y en eso tiene razón. Pero se olvidó de mencionar que es muy atractiva. Un poco rellenita, sí, pero eso más bien la favorece. Tiene a los chicos del pueblo loquitos con sólo caminar por la High Street. Pero no creo que haya elegido a ninguno de ellos. Se cree superior. Quiere abrir su propia tienda en Basingstoke.»

«¿Y se conforma con el conserje de la iglesia?», preguntó Ariadne.

«¡Cielos, ya son más de las seis! Tengo que preparar la cena», dijo Miss Harlton, levantándose.

«Adelante, querida», respondió Dorothy, y volvió a mirar a Ariadne.

«Nuestro Charly no era nada feo, y además muy apañado. Un tipo así siempre viene bien si quieres montar tu propio negocio, ¿no te parece? Además, Samantha no tiene dinero propio, eso lo comentó Hazel una vez. Sus padres no le dejaron nada. Vive de lo que le da su tía. Y Hazel tenía mucho interés en esa boda. Charles era un buen muchacho, justo lo que ella soñaba para su sobrina. Samantha no podía quejarse.»

Ariadne cogió una galleta, pero no la mordió. La giraba entre los dedos.

«No lo sé… Una chica joven, guapa, que sueña con algo mejor… eso sí podría ser un móvil. Creo que será mejor que hable directamente con ella. Sí, una visita de pésame, bien clásica y totalmente inofensiva, mañana por la mañana.»

«¿Así que esta vez vas a investigar de verdad, fuera del papel?»

«¿Y por qué no? Llevo veinte años escribiendo novelas de misterio, ¡ya es hora de que sirva para algo!»

Después de acostarse, no lograba conciliar el sueño. Sentía una inquietud extraña, esa clase de nerviosismo que sólo conocía cuando empezaba a trazar una nueva novela y, justo antes de dormir, repasaba escenas en la cabeza o ajustaba la trama. Solo que esta vez no se trataba de una historia de ficción, sino de la realidad. ¿Debería abordarlo como si estuviera planeando un nuevo libro? Si en la novela funcionaba, ¿por qué no también en la vida real? Al fin y al cabo, como escritora, una se esforzaba por crear un reflejo verosímil del mundo. ¿Y por dónde se empezaba? Exacto: por el motivo. Pero de momento no podía decir mucho al respecto, porque aún no conocía del todo a los personajes en escena. Se acomodó en la cama, buscando una postura más cómoda, y escuchó brevemente los ladridos de un zorro, en algún lugar junto a su ventana. ¿Qué se hacía al comienzo de un libro? Investigación. Sin documentación no se podía escribir una novela decente. Así que tendría que enterarse de algunas cosas en el pueblo. Hasta ahora, personas conocidas: el vicario, Mrs. Thomas, el muerto. Mencionadas: Samantha Thomas y el gran desconocido. De Charles no sabía gran cosa, salvo que era guapo y algo lento. Necesitaba urgentemente más datos sobre ese personaje. Suspiró, se incorporó un poco en la cama, encendió la lámpara y tomó la libreta que siempre llevaba consigo, durmiera donde durmiera.

«Charles: simpático, ¿pero algo corto?» escribió.

«Samantha: guapa, quiere otra vida, ¿tienda o salón (es relevante?), hombres del pueblo interesados en ella? ¿Motivo?» apuntó debajo.

«Hazel Thomas: mujer piadosa, cuida de Samantha, quería que se casara con Charles – poco probable como sospechosa», siguió.

«Vicario: bastante nuevo en la parroquia, contrató a Charles y le consiguió un piso, poco probable como sospechoso, pero conviene verificar.»

«Desconocido en el cementerio», añadió a la lista.

Después escribió «¿Motivo?» y subrayó la palabra varias veces. Pues sí, ¿cuál podría ser el móvil?

¿Existía un tal Sr. X, perdidamente enamorado de Samantha, que había querido quitarse de encima a un rival? ¿Y era acaso ese Sr. X

el mismo que ella había visto huir? Muy posible. ¿Podía haber empujado la escalera y luego esperado a ver si Charles no salía ileso? ¿O…? Se detuvo, súbitamente alerta. ¿Y si alguien había manipulado la cruz? ¿Se podía hacer algo así? ¿Podría, por ejemplo, haberse alterado el anclaje para que el más mínimo roce bastara para que se desplomara?

«La cruz como arma homicida», anotó.

En este caso, la "posibilidad" era justo el gran problema: Hazel le había dicho que el vicario insistía en que la iglesia estuviera siempre abierta. Eso significaba que cualquiera podía haber entrado sin que nadie lo notara y manipulado la escalera y la cruz.

Volvió a apoyar la cabeza en la almohada y apagó la luz. Todo eso resultaba infinitamente más frustrante que escribir una novela negra. En las novelas, los personajes hacían exactamente lo que una quería…

VI

La casa de Mrs. Thomas, una cabaña construida con la típica piedra gris de la zona, se encontraba en medio de un amplio jardín que daba la impresión de haber sido dejado a su suerte. En el parterre delantero crecían grandes matas de flores, alrededor de las cuales zumbaban abejorros, abejas y otros insectos. A Ariadne le gustaban ese tipo de jardines. No le atraía el orden estricto que se veía en tantos pueblos ingleses. Prefería las flores bonitas, algunas piedras decorativas grandes, y dejar que la naturaleza hiciera lo suyo. Pero mientras que en casa de la tía Dorothy ese desorden aparente seguía una lógica interna al observarlo con atención, este jardín delantero parecía más bien abandonado. Un banco pequeño y tambaleante junto a la puerta azul, también envejecida y desconchada, reforzaba la sensación de deterioro progresivo. Si una se fijaba bien, encontraba más señales del paso del tiempo. Había malas hierbas creciendo en el tejado y uno de los postigos colgaba torcido. Dorothy le había contado en el desayuno que en esa casa habían vivido antes los padres de Mrs. Thomas. Tras su fallecimiento, la casa fue alquilada. La última inquilina había sido una anciana que, al parecer, ya no podía ocuparse bien de todo.

«Tú te quedas aquí», le dijo al perro salchicha que arrastraba más que paseaba con la correa. Él la miró jadeando y se sentó junto al banco. Ariadne enrolló la correa en el apoyabrazos de madera. 'Si tira un poco, esto se cae seguro', pensó, pero el perrito ya roncaba tranquilamente a la sombra. Ella sonrió, se acomodó el sombrero y, con el ramo de flores en la otra mano, pulsó el timbre antiguo.

Pasó un momento hasta que oyó pasos detrás de la puerta, que luego se abrió. Mrs. Thomas, vestida con un sencillo y algo deslucido vestido negro, la miró y esbozó una sonrisa que no lograba ocultar la tristeza de sus ojos verdes.

«Mrs. Arlington, qué agradable sorpresa», dijo.

«Estaba paseando al perro de mi tía y pensé en pasar a verla, para saber cómo se encuentra», respondió, y le tendió el ramo de flores que había recogido en el jardín de Dorothy.

«Qué detalle tan bonito. Pase, por favor. ¿Le apetece una taza de té?», preguntó Mrs. Thomas, tomando las flores y haciendo un gesto invitándola a entrar.

«No quisiera ser una molestia, querida.»

«Oh, por favor, después de esta tragedia, un poco de compañía nos vendrá muy bien a Samantha y a mí. Pase, pase.»

Ariadne entró en la casa y se encontró en un recibidor luminoso, recién pintado. Todo olía a jabón y cera para suelos. Cada cosa parecía tener su sitio, y todo estaba impecable.

«El salón está al fondo, enseguida preparo el té», dijo Mrs. Thomas.

«Samantha, querida, tenemos visita, ¡Mrs. Arlington!», gritó mientras iba hacia la cocina.

Ariadne caminó los pocos pasos que la separaban del salón, cuyos grandes ventanales daban al jardín trasero. A diferencia del jardín delantero, este estaba bien cuidado. Había parterres nuevos y el césped recién cortado. Al parecer, Mrs. Thomas quería devolverle la vida a la casa.

El salón en sí parecía vacío. Había una pequeña mesa de comedor, una cómoda, un gran aparador, un sillón orejero y un sofá junto a la chimenea.

«¿Hola?», preguntó mientras se acercaba a la ventana.

«¡Hola!», respondió una voz, y Ariadne se giró con un sobresalto. Samantha estaba tumbada en el sofá, pintándose las uñas.

«Soy Ariadne. Supongo que tú eres Samantha.»

«Sí», dijo ella, y volvió a concentrarse en sus uñas pintadas de rojo sangre.

Llevaba un vestido floreado y su cabello rubio, a la altura de los hombros, estaba peinado con esmero en un estilo moderno y favorecedor. No era gorda, como había imaginado Ariadne tras oír las descripciones de Dorothy, más bien… bien formada en los lugares adecuados. Una belleza rústica, tenía que reconocerlo. Pero no daba en absoluto la impresión de una mujer de luto por su prometido recién fallecido. Más bien parecía una chica que se había arreglado para ir de compras a la ciudad.

«Quiero darte mi más sentido pésame. Debe de ser muy duro.»

Ella levantó la vista de sus uñas.

«Oh, sí, claro, muy triste. Al fin y al cabo, estábamos prometidos, Charles y yo. Muy triste, pobrecito. Y además iba a ayudarme con la reforma de la tienda. Voy a abrir un salón de belleza en Basingstoke. Ahora no sé quién va a ponerme las estanterías y todo eso…»

«Samantha, querida, siéntate bien, he traído el té», dijo Mrs. Thomas, que regresaba con una bandeja. «Y mira, has manchado el sofá con el esmalte.»

«Eso se puede lavar», dijo ella, suspiró y finalmente se incorporó.

¿Lavar el sofá? Esta chica era realmente un poco… en fin. Ariadne se sentó a su lado en el sofá mientras Mrs. Thomas dejaba la bandeja sobre la mesa.

«Perdone a mi Sam, está tan afectada por la muerte de Charles… Lo estamos todos. Era un muchacho tan bueno», dijo, y Ariadne vio las lágrimas que le brillaban en los ojos. Samantha sonreía mirando sus uñas. Sí, desde luego parecía devastada por el dolor.

«¿Leche? ¿Azúcar?», preguntó Mrs. Thomas.

«Sólo un poco de leche, gracias.»

Tomó la taza y se recostó ligeramente en el sofá floral, algo blando.

«Espero que haya superado el impacto inicial», dijo tras una breve pausa.

«El vicario habló mucho conmigo, eso me ayudó. Y he rezado por el pobre chico. De verdad, una tragedia. ¡Hasta me siento un poco culpable!», dijo entonces.

«¿Culpable? ¿Por qué?»

Mrs. Thomas dio un sorbo de té y luego colocó la taza sobre la mesa con cierto esfuerzo.

«La cruz», dijo en voz baja, y Ariadne aguzó el oído.

«¿Qué pasa con la cruz?»

«Le pedí que la limpiara. Estaba muy polvorienta y queríamos que la iglesia estuviera bonita para el bazar. Por eso le pedí que la desempolvara. Si no se lo hubiera pedido, entonces…»

«No debe pensar así, Mrs. Thomas. Fue… un accidente. Nadie tiene la culpa.»

«Es muy amable por decirlo, Mrs. Arlington, de verdad, pero no dejo de darle vueltas. Debería haberlo vigilado. Siempre es peligroso subirse solo a una escalera vieja, y Charles era a veces un poco… digamos que impulsivo. Era un amor de persona, de verdad, pero no se concentraba bien.»

«¿Quiere decir que si lo hubiera estado observando, no habría olvidado colocar el pasador de seguridad?», preguntó mientras daba otro sorbo.

«Sí, o yo misma podría haberle sujetado la escalera, algo así.»

«¿Puede contarme algo sobre Charles?», preguntó. Mrs. Thomas lanzó a Samantha una mirada evidente, y Ariadne entendió.

«Ese arbusto en su jardín, ¿es un rododendro?»

«Sí, una variedad preciosa. Venga, se lo enseño», dijo Mrs. Thomas, levantándose. Samantha no parecía prestarles atención y hojeaba una revista de moda.

Ariadne la siguió hasta la cocina, que tenía una puerta al jardín. La ventana junto a la salida estaba rota y cubierta provisionalmente con cartón. Mrs. Thomas notó su mirada.

«Los niños de los vecinos jugando con la pelota. El cristalero viene la semana que viene, no es nada grave», dijo, abriendo la puerta. Ariadne sonrió, pero también se fijó en los profundos arañazos en la madera.

«¿Tiene un gato?», preguntó. Pregunta tonta. Más bien parecía obra de un tigre.

«Fue el perro del vicario. Tiene un labrador, muy bueno, a veces lo cuido. Pero es muy joven aún y no sabe estar solo», dijo Mrs. Thomas, encogiéndose de hombros.

Ariadne solo sonrió. ¿Un perro? ¿Una pelota? ¡Y un cuerno! Eso tenía toda la pinta de haber sido, como poco, un intento de robo. Pero ¿qué podrían querer robar en casa de Mrs. Thomas? Muy extraño.

Caminaron por el césped hasta llegar al gran arbusto.

«No quiero causarle más angustia a Samantha, pobrecita. Ya sé que no lo parece, pero está completamente en estado de shock. Ella y Charles estaban realmente muy enamorados.»

«Estoy segura de que lo estaban», dijo Ariadne.

«Charles era de Yorkshire, del mismo pueblo donde creció también Samantha. Era huérfano y por eso, con ocho años, vino a vivir a un internado por aquí cerca. Allí también había una escuela. La vida no fue fácil para él, lo que hace que este accidente tan terrible resulte aún más trágico. Mire, nació en 1914 y ese mismo año su padre fue enviado a Francia, donde murió. Su madre se quitó la vida poco después y él creció con su abuela, una mujer muy severa. En 1922 tuvo un accidente: un columpio le dio en la cabeza y pasó mucho tiempo en el hospital.»

«¿Y a raíz de eso le quedó alguna secuela?», preguntó Ariadne.

Mrs. Thomas arrancó una hoja de una planta y asintió.

«En la escuela ya no rendía como antes, sufría dolores de cabeza y le costaba mucho concentrarse. A veces también tenía arrebatos de ira, por eso su abuela lo llevó al internado. Cuando cumplió los dieciocho, se mudó a un pequeño piso y se mantuvo como pudo haciendo trabajillos. Luego empezó a salir con Samantha y entre ellos hubo una conexión tan bonita que pensé: son la pareja ideal», dijo.

«Y Samantha es…»

Mrs. Thomas sonrió.

«No es… discapacitada, solo un poco, digamos, limitada. Es muy cambiante, se entusiasma con algo y a la semana quiere otra cosa totalmente distinta. Y a veces es muy despreocupada en cuanto a las personas con las que se relaciona.»

Vaya, eso sí que era un dato interesante. 'Despreocupada en cuanto a sus relaciones'… Valía la pena investigar un poco más por otras vías.

«Y cuando volvió aquí, ¿se encargó de buscarle trabajo a Charles? Eso fue muy generoso por su parte», dijo.

«Fue caridad cristiana, Mrs. Arlington, y también un poquito de interés personal. Es que era el hombre perfecto para mi Sam. Se desvivía por ella e intentaba cumplirle todos los deseos.»

«¿Como el salón de belleza propio?»

«Esa es la única pasión que Samantha nunca ha abandonado. Todo lo relacionado con cosmética y peluquería la vuelve loca. Siempre ha

soñado con tener su propio salón.»

«¿Y eso no resulta muy costoso?»

«Oh, sí. Yo heredé un poco y también he ahorrado, pero realmente no necesito ese dinero. Encontré un local pequeño con un alquiler muy asequible, pero amueblarlo nos costó casi mil libras. Si además hubiéramos tenido que pagar a profesionales para reformarlo y montar los muebles, no lo habría podido costear.»

«¿Y de eso se encargó Charles?»

«Sí, casi todos los días, después de su trabajo, iba en bicicleta al local y se quedaba allí hasta bien entrada la noche. Un muchacho tan bueno.»

«Quisiera hacerle una pregunta algo incómoda, si me lo permite.»

«Adelante», dijo.

«Mencionó que Samantha a veces se rodeaba de gente poco recomendable. ¿Cree que algún joven del pueblo pudo malinterpretar algo?» Al ver la expresión de Mrs. Thomas, alzó las manos. «No digo que ella haya hecho nada imprudente, solo que quizás algún muchacho creyó tener posibilidades con ella. Ya sabe cómo son a veces los jóvenes, y su sobrina es realmente muy atractiva. ¿No pudo algún chico pensar que tenía una oportunidad con ella – si, por ejemplo, se eliminaba a la competencia?»

Mrs. Thomas la miró con los ojos muy abiertos.

«¿Se refiere a ese hombre que usted vio?»

'Y que tú también viste', pensó, pero se limitó a asentir.

«¿Está diciendo que no fue un accidente, sino que…? ¡Dios del cielo, protégenos! ¿De verdad cree que alguien pudo empujar al pobre Charles desde la escalera?»

«Es una posibilidad. Quizás no un asesinato premeditado. Charles trabajaba todos los días en la iglesia, seguro que todo el pueblo lo sabía. Un joven enamorado y algo alterado quiso tal vez asustarlo, una actitud de gallito. Discutieron, el otro dio una patada a la escalera… algo así.»

«Dios mío, qué horror. No creo que mi Sam haya dado pie a ningún malentendido, de verdad. Puede que no sea la persona más lista, pero sí una chica decente, eso sí.»

«No esperaba otra cosa, querida. Solo digo que es una posibilidad. ¿Y qué pasará ahora con el salón?», preguntó, cambiando de tema, al notar que a Mrs. Thomas aquello la incomodaba.

«Tendremos que contratar a unos profesionales, no queda otra. Aún me quedan algunos ahorros y espero que sean suficientes. Pero ya no falta tanto por hacer. Samantha quiere inaugurar el salón a finales de la semana que viene y, con un poco de suerte, lo lograremos. Si quiere, luego le doy un folleto. Lo diseñó ella misma y Charles los repartió por todo el pueblo y en Basingstoke.»

«Sería un detalle encantador. Y de verdad, no quiero quitarle más tiempo.»

«Yo también tengo que volver al centro comunitario a seguir preparando el bazar. Es mañana ya. Charles habría querido que siguiéramos adelante y a mí me ayuda mantenerme ocupada.»

«Sí, eso siempre es buena idea. Cuando tengo un problema, me siento frente al escritorio y me pongo a teclear. Me evade de todo.»

Se quedó de pie junto a la puerta con el papel rosado en la mano y desató a Mr. Higgins, que apenas abrió un ojo.

«¡Vamos, Mr. Higgins, un poco más de energía!», dijo. «Tenemos que ir al centro comunitario y hacer algunas averiguaciones.»

El teckel la miró como diciendo: 'Vete tú sola, que yo estaba teniendo un sueño maravilloso'.

«¡Anda, ven!»

Pero el perro no se movió. Ariadne suspiró, lo levantó con cuidado y lo acomodó bajo el brazo, sorprendiéndolo.

«Si el perro no quiere venir con la tía, entonces la tía va al perro», dijo, y se puso en marcha hacia el centro comunitario.

VII

«¡Mrs. Arlington, de verdad, he leído todos sus libros! ¿Cómo se le ocurren tantas ideas?», preguntó Lydia Cranewood, la esposa del frutero local.

«¡Sí, es cierto! ¡Tantas ideas! Yo sería incapaz», añadió Mrs. Woodward, esposa del abogado cuyo despacho estaba justo frente al centro comunitario.

«Y yo sería incapaz de hacer pasteles así», dijo ella con la esperanza de cambiar de tema lo antes posible. Mr. Higgins yacía jadeando de cansancio bajo una mesa que amenazaba con ceder por el peso de los pasteles.

«Creo que hornear un buen pastel y escribir una buena novela no son cosas tan diferentes», dijo Mrs. Mint, una señora mayor que ya le resultaba simpática a Ariadne por su reserva hasta ese momento.

«¿Ah, sí? Nunca lo había visto así», respondió ella.

Mrs. Mint sonrió y le puso un trozo de tarta de manzana en el plato, el cuarto ya. Ariadne la probó y bajó la vista, sorprendida. ¡Qué pastel! Celestial. Justo en su punto, no, perfecto. Una base mantecosa y deliciosa, la manzana tierna pero no blanda, unas pasas, canela… un dulzor equilibrado, sencillamente el pastel perfecto.

«¿Lo ve? El pastel es…»

«Perfecto», dijo Ariadne y se sirvió otro trozo.

«Hace falta una buena receta, experiencia e ingredientes de primera. Creo que eso se puede aplicar también a la escritura de una novela. ¿No cree? Quiero decir, si uno tiene una buena receta pero ninguna experiencia, el pastel no saldrá gran cosa. Y si uno tiene mucha experiencia e ingredientes de calidad, pero una receta pésima… en fin, ya me entiende», dijo Mrs. Mint con una sonrisa.

«Una comparación muy acertada, sí.»

Las demás mujeres, una docena más o menos, no parecían tan satisfechas con esa respuesta. Algunas la miraron con cierta incomodidad, probablemente porque Ariadne no había elogiado sus tartas como la de Mrs. Mint.

«Usted va a entregar el premio de la rifa, ¿verdad? ¿No quiere comprar un boleto también?», preguntó una dama que llevaba un rato sentada junto a ella con una sonrisa insinuante.

«Creo que no sería buena idea. ¡Imagínese que gano! Pensarían que todo está amañado», dijo Ariadne entre risas, pero la señora la miró horrorizada.

«¡Dios mío, ni lo había pensado! ¡Qué horror!»

«Daphne, creo que Sara necesita ayuda en la cocina del té, ¿por qué no vas a ver?», dijo Mrs. Mint con un brillo divertido en los ojos, y en efecto, la mujer se levantó y se apresuró hacia la cocina.

«¿No es terrible lo que le pasó al pobre Charles?», preguntó entonces otra mujer, una tal Mrs. Smith o Jones o algo por el estilo. Las demás asintieron murmurando y Ariadne pudo casi palpar la tensión en el ambiente. En una comunidad pequeña como Bedford, un accidente así se convertía naturalmente en el tema del año. Algo de lo que se seguiría hablando durante meses. También vio ese brillo curioso en los ojos de algunas de las damas, el rubor de excitación en sus mejillas. Así era la gente. Sentían compasión por la víctima y sus seres queridos, pero no podían evitar su sed de escándalo y tragedias. Ariadne tomó otro trozo del delicioso pastel, aunque sentía que no le cabía ni una miga más. Mr. Higgins roncaba plácidamente bajo la mesa, feliz tras haber sido atiborrado de golosinas por las damas.

«Sí, una tragedia. Se dice que el pobre muchacho iba a casarse este año con Samantha Thomas. No quiero ni imaginarme el golpe que eso habrá sido para esa pobre chica», dijo Ariadne.

Hubo más murmullo. Mrs. Cranewood tomó la palabra. Ya antes había notado que se consideraba a sí misma la portavoz del grupo. De hecho, con una carpeta en mano, había vigilado la entrada de los pasteles y luego, como directora de escena, los había distribuido según reglas secretas que solo ella conocía. Al parecer, existía una jerarquía pastelera: su propio bizcocho de limón, bastante seco, en los primeros puestos; la fantástica tarta de manzana de Mrs. Mint, relegada al fondo. 'Asesinato con pastel. Por pastel. A causa de un pastel. El crimen del pastel. Muertes glaseadas. Muerte con nata.' ¿Por qué nunca tenía su cuaderno a mano cuando realmente lo

necesitaba? Al menos había un bolígrafo y una servilleta junto a ella donde pudo anotar sus ideas.

«Sí, pobrecita Samantha. Tan joven y ya casi viuda, debe de estar destrozada. Y eso que es una chica encantadora, siempre peinando a las señoras del pueblo sin cobrarles ni un penique. ¿Sabía que quiere abrir su propio salón de belleza? ¡Ojalá tenga fuerzas después de semejante desgracia! Yo estaría por los suelos», dijo Mrs. Cranewood.

«Las Thomas han invertido tanto dinero en ese salón, solo cabe esperar que este golpe del destino no les haga dar marcha atrás», dijo una mujer más al fondo, seguida de asentimientos. Ariadne sabía que en Bedford Haven no había peluquería desde hacía años. Así que la preocupación de las damas se centraba claramente en el suministro futuro de rulos y laca para el pelo…

«Seguro que Samantha es muy querida en el pueblo, quiero decir, si les hace el pelo a todas, que por cierto, están muy monas.» Bueno, si a una le gustaban los caniches y las pastoras bávaras, claro. Pero eso mejor no decirlo en voz alta.

«No solo el pelo, Mrs. Arlington. Samantha también nos maquilla para ocasiones especiales, las uñas… Es muy talentosa, de verdad», dijo otra mujer cuyo peinado se acercaba más bien a "caniche de ópera rococó."

«¡Qué interesante! Parece una joven muy despierta», dijo Ariadne. Hubo un momento de silencio incómodo.

«Bueno, sí… una chica con habilidades, en ciertos aspectos, podríamos decir», dijo Mrs. Cranewood.

«Muy limitados, esos aspectos», dijo Mrs. Mint guiñándole un ojo a Ariadne. «Por eso encajaba tan bien con Charles. Ese chico no era precisamente un intelectual. Aunque, ¿quién en Bedford Haven lo es?»

«¡Edith!», exclamó Mrs. Cranewood. «Puede que Charles no fuera muy listo, ¡pero tenía un corazón de oro!»

«¿He dicho yo lo contrario, querida? Ah, Mrs. Arlington, quería hablarle de la lectura del domingo. Voy a prestar mi sillón al centro comunitario y quería consultarle si le parece cómodo y demás. ¿Vamos a verlo?»

«¡Con mucho gusto, Mrs. Mint! ¡Vamos, Mr. Higgins, a visitar a la amable señora!»

El teckel la miró con un solo ojo y volvió a tumbarse. Ariadne suspiró, lo sacó de debajo de la mesa y lo cargó en brazos.

«Este debe de ser el perro más perezoso del mundo», dijo.

«Demos un paseo», propuso Mrs. Mint. «¡Hoy hace un sol espléndido!»

Ariadne la siguió en dirección al pequeño bosque que comenzaba justo detrás de la iglesia. Se detuvo un momento. Justo hacia allí había corrido el hombre que ella había visto.

«¿Hay una granja detrás del bosque?», preguntó. Algo en su memoria le decía que la Hornwood Farm estaba detrás de ese bosquecillo.

«Sí, Hornhill Farm, o mejor dicho, lo que queda de ella desde que murió James. Su hijo Christopher no es precisamente lo que se dice un granjero entregado.»

«¿Cuántos años tiene Christopher?»

«Mrs. Arlington, ¿de dónde viene ese repentino interés por Hornhill Farm y sus desafortunados dueños?»

Ariadne dudó. ¿Debía compartir sus observaciones con Mrs. Mint? Aquella mujer parecía la única realmente en sus cabales.

«Probablemente no sea nada, pero ayer me reuní con Mrs. Thomas, poco antes de que Charles cayera de la escalera. Cuando escuchamos el estruendo en la iglesia, salimos corriendo y vi a un joven cruzar el cementerio hacia el bosque, y por tanto, hacia Hornhill Farm. Puede que no signifique nada, pero…»

Mrs. Mint se detuvo y la miró con una sonrisa.

«Ya imaginaba yo que no hablaba de Samantha y Charles solo por cotilleo. No me pareció usted el tipo de mujer que se alimenta de chismes baratos.»

«De vez en cuando no vienen mal, pero tiene razón.»

«Entonces, ¿usted tampoco cree que fue un accidente?»

Ariadne dejó en el suelo a Mr. Higgins, que revivió de inmediato con el olor del bosque y corrió hacia un helecho para olisquear.

«Tengo mis dudas», dijo.

«¡Bien! Verá, Samantha no es precisamente una lumbrera.»

«Ya la he conocido», respondió Ariadne, vigilando a Mr. Higgins, que se internaba un poco más en el matorral. Bueno, escaparse no iba a escaparse…

«Y para colmo, Hazel está completamente ciega en ese aspecto. La consiente demasiado, si me pregunta. Le permite todo.»

«¿Qué tipo de cosas le permite?»

«De todo. Lo del salón, por ejemplo. Esa niña no tiene ni una formación adecuada y usted ha visto lo que ha hecho con el pelo de las señoras. ¿Pagaría por eso?»

Ariadne rió.

«Francamente, no.»

«Además, le encanta contar historias tenebrosas, exagerar lo mínimo para llamar la atención. Nunca se sabe si dice la verdad o miente. Como lo del robo.»

«¿Qué robo?», preguntó Ariadne, alerta.

«Pues, supuestamente entraron a robar en el cottage de Hazel y se llevaron mucho dinero. Pero eso es absurdo. ¿De dónde iba a sacar Hazel tanto dinero? ¿Y por qué robar en esa casa? Hay objetivos mucho más tentadores por aquí.»

«Pero en la cocina de Mrs. Thomas hay una ventana rota, y en la puerta hay arañazos. Ella me dijo que eran del perro del vicario. Me pareció algo extraño. Tal vez la historia del robo tenga algo de verdad.»

«Yo no lo creo. ¿Hazel y mucho dinero? ¡Se ha gastado hasta el último penique en ese castillo en el aire que es el salón de belleza! No, yo creo que Samantha quería, como siempre, llamar la atención. Ya lo ha hecho muchas veces. Una vez dijo que había visto una bestia enorme en el bosque, luego que un hombre misterioso la espiaba por la ventana de su habitación. Cosas así.»

«Bueno, hombres extraños mirando por ventanas no son imposibles, ni siquiera en un pueblo. Y Samantha es una chica bastante atractiva.»

Mrs. Mint le sonrió.

«Puede que sí, pero su habitación está en el primer piso. Si ese hombre misterioso no podía volar, difícilmente iba a mirar por esa

ventana. No quiero hablar mal de nadie, pero si quiere saber mi opinión: ella nunca quiso casarse con Charles. No tenían nada en común. Él era, bueno, un chico bueno, trabajador, pero un poco… sumiso, podríamos decir. Hacía lo que le decían.»

«¿Incluido casarse con Samantha?»

«Exactamente, Mrs. Arlington. A ella le gusta salir, al pub, a la ciudad; él no probaba una gota de alcohol. A ella le encanta bailar, él siempre se quedaba en la esquina en las fiestas. Ella es extrovertida, él era tímido. No pegaban ni con cola. No me extrañaría si…»

Se quedó callada y miró hacia el bosque.

«¿Si qué?»

«Probablemente no sea nada, pero cuando ha mencionado a Christopher Hornhill, me ha venido un pensamiento a la cabeza. Verá, es un joven bastante apuesto, y muchas chicas del pueblo están loquitas por él, aunque sea un cabeza loca y un poco distraído. Y una cosa está clara: no es precisamente del tipo que va a la iglesia un jueves por la tarde, si me entiende. La casa de Hazel está a dos pasos de la iglesia, y desde Hornhill Farm el camino más corto pasa por el cementerio.»

«¿Quiere decir que está enamorado de Samantha y quiso quitarse de encima a un rival?»

Mrs. Mint se encogió de hombros.

«Podría ser, ¿no cree? Usted está investigando un poco el asunto, lo cual no sorprende, dado su oficio. Seguro que tiene ciertos conocimientos detectivescos. ¿Cuál es su próximo paso?»

Ariadne sonrió. Mr. Higgins volvió trotando hacia ellas y se tumbó a sus pies.

«Bueno, eso de los conocimientos detectivescos… en mis libros, los personajes hacen lo que yo quiero. Nunca me había enfrentado a un caso real. Y la verdad es que casi nunca sirven para una novela. No siempre hay un sospechoso evidente que luego resulta inocente, ni el asesino deja pistas interesantes o misteriosas. Leí una vez que la mayoría de los crímenes se resuelven enseguida porque los culpables no han planeado nada. Pero nadie quiere leer eso. En cuanto a este caso… creo que debería volver a examinar la escena

del crimen y hablar con el vicario. Charles sigue siendo un enigma para mí. Tal vez debería echar un vistazo a su apartamento…»

«¡Debería hacerlo! Y si me mantiene informada, le estaré muy agradecida. Bueno, voy a reunirme con nuestras damas del pastel, no vaya a ser que coloquen mi tarta debajo de la mesa», dijo Mrs. Mint, le hizo un gesto con la cabeza y se dirigió de nuevo hacia el centro comunitario.

«Vamos, Mr. Higgins, al encuentro del vicario», dijo ella, y para su más absoluta sorpresa, el teckel se levantó y la siguió. La vivienda de la víctima y la escena del crimen: sin duda, un buen comienzo. Y durante la cena preguntaría a tía Dorothy por ese tal Christopher. Seguramente su tía había oído un par de cosas...

VIII

«¡Madre mía, reverendo!»

«¡Correr es salud! Lo hago desde que era estudiante», respondió mientras se secaba el sudor de la frente con una toalla que llevaba al hombro. Clérigos corredores… parecía que ya nada podía sorprender.

«Pero no ha venido a verme sudar, ¿verdad?», añadió mientras se servía un vaso de agua en el fregadero.

«No. Voy a serle completamente sincera. Tengo la sensación de que lo de Charles no fue un accidente», dijo Ariadne. El perro del reverendo, un labrador, estaba en el jardín, pero rascaba la puerta, probablemente porque había olido a Mr. Higgins, que ya dormía roncando bajo la mesa de la cocina.

«¡Quieto, Juan!», gritó el reverendo, pero el perro no se calmaba.

«¿Me está escuchando?»

«Sí, Mrs. Arlington, usted cree que alguien empujó a Charles desde la escalera. Pero la verdad es que no sé qué pensar. ¿Por qué haría alguien algo así?»

«Todavía no he llegado a esa parte del argumento… digo, de la investigación. Usted dijo que Charles era muy apreciado, pero ¿y si, a pesar de eso, tuvo algún problema con alguien?»

El reverendo se sentó a la mesa de la cocina y apoyó el mentón en una mano.

«Le juro que no se me ocurre nadie, Mrs. Arlington, sinceramente. Y… ¡este perro me está volviendo loco! ¡Juan, basta ya!», gritó y, esta vez, el animal sí se calló.

«Todo el mundo tiene enemigos», dijo Ariadne.

«¡Por el amor de Dios, eso ya suena un poco dramático, no le parece? Eso será en Londres, pero aquí, en el campo…»

Ella sonrió.

«Precisamente en el campo. Todo el mundo se conoce, y cuanto más se conoce la gente, más motivos tiene para odiarse.»

«Qué visión más sombría de la vida rural, querida. Claro que a veces hay tensiones, discusiones entre vecinos, esas cosas… pero nada grave. Y tengo entendido que usted también creció aquí, así

que debería saber que en este pueblo nadie mata a su vecino por una rama que cuelga del otro lado de la valla.»

Ariadne no estaba tan segura. Los motivos por los que alguien decidía matar a otro eran a veces tan absurdos y cotidianos que no se podían ni usar en una novela: nadie se lo creería.

«Yo no crecí en Bedford Haven, reverendo. De niña pasé aquí algunos meses, cuando mis padres se fueron a la India, y luego volví un par de veces durante las vacaciones de verano. En los últimos años, solo he venido algunas horas a visitar a mi tía, y poco más. Pero volviendo al tema… Charles era joven. Y los jóvenes a veces tienen el carácter un poco… exaltado», dijo mientras Mr. Higgins se giraba sobre su costado.

«Puede ser, pero no Charles. Ya se lo he dicho, era tranquilo, sereno… casi imperturbable. Jamás levantó la voz, ni se quejaba. Era un trozo de pan.»

«¿Y nunca fue blanco de las bromas de otros chicos del pueblo? Vamos, reverendo. Esto es Bedford Haven, no el paraíso terrenal.»

Él sonrió y dio otro sorbo de agua.

«Créame o no, este lugar se parece bastante a mi idea del paraíso. Entiendo que para una escritora sea frustrante no encontrar secretos oscuros ni rencillas soterradas, pero así es esto. Lo de Charles fue una tragedia, incluso sin tramas siniestras. Quizá no da para novela, pero…»

Ella suspiró.

«No estoy buscando material para una novela. Solo me parece extraño que un chico tan habilidoso se caiga de una escalera, tire una cruz y acabe muerto. Son demasiadas casualidades.»

«Una desafortunada cadena de hechos, dirían otros.» El reverendo volvió a sonreír, y eso empezaba a ponerle de los nervios.

«¿Puede al menos contarme algo más sobre la relación entre Charles y Samantha?»

Él suspiró, se levantó y volvió a llenarse el vaso.

«Hacían buena pareja», dijo finalmente.

«Aparte de eso. Samantha es una joven muy atractiva con muchas aspiraciones.»

«Se refiere a su salón, ¿verdad? Sí, Samantha quiere ser independiente económicamente, pero eso no es malo. Charles la ayudó mucho con la decoración y los preparativos. Estaba…»

«¿Subyugado?»

«Locamente enamorado de ella, quise decir. Le complacía en todo.»

«¿Y Samantha? ¿Ella le quería?»

«¿Qué es querer? No era una pasión arrolladora, desde luego, pero eso suele ser pasajero. Un fuego de artificio. Ellos se entendían bien, y eso es una base mucho más sólida para un matrimonio, ¿no le parece? El cónyuge debe ser el mejor amigo, alguien con quien compartir penas y alegrías. La pasión… eso es cosa de adolescentes.»

Madre mía, qué idea tan deprimente. Si pensaba en su difunto esposo, la pasión había sido un elemento importante…

«Me han dicho que muchos chicos del pueblo estaban encaprichados con Samantha. ¿No se le ocurre que…?»

Él la miró escandalizado.

«¡Mrs. Arlington! ¡Esto es Bedford Haven, no el Soho! No, Samantha no se ha liado con ningún otro joven, se lo aseguro. ¡Su tía jamás lo permitiría!»

Vaya, eso era interesante. Una frase matizada. Expresado así, parecía que si no fuera por la vigilancia de Hazel, Samantha sí que se habría dejado llevar con algún apuesto galán del pueblo. Muy interesante, en efecto.

«No era eso lo que insinuaba, me ha malinterpretado. Solo me preguntaba si algún muchacho se habría hecho ilusiones, pensando que, sin Charles en medio… Por ejemplo, Christopher Hornhill.»

El reverendo arqueó una ceja.

«¿Christopher? ¿Y por qué él precisamente?»

«Llamémoslo intuición femenina. He oído que es bastante alborotador. Si se hubiera encaprichado de Samantha, ¿cree usted que sería capaz de algo así?»

«No, en absoluto. Ni creo que Christopher tenga interés en Samantha, ni que sea capaz de empujar a Charles desde una

escalera. Es cierto que a veces puede ser… complicado. No ha tenido una vida fácil, pero violento, no.»

«¿No?»

«¡En absoluto! Hubo una pelea en el pub, hace un par de años, pero nada más.»

Vaya, parece que el paraíso de Bedford Haven no era tan idílico después de todo.

«¿Y qué me dice del supuesto robo en casa de Mrs. Thomas?»

La miró sorprendido.

«¿Quién le ha contado eso? Hazel no quería que se supiera y…»

«Por eso dijo que fue su perro el que arañó la puerta. Sí, es una buena excusa viendo lo tranquilo que es el animal. Pero los perros no rompen ventanas. Y su labrador, aunque más grande que el bueno de Mr. Higgins, no llega hasta la manilla de la puerta.»

«Seguro que fue una travesura, Mrs. Arlington. O una prueba de valor. Hazel me aseguró que no entraron en la casa y que no se llevaron nada. ¿Ahora va a acusar también a Christopher?»

«Yo no acuso a nadie, reverendo. Solo observo y me hago preguntas. Y ya que hablamos de observar… ¿cree que podría echar un vistazo a la habitación de Charles?»

«Si lo desea. Solo me cambiaré primero, si no le importa.»

«Adelante, yo le espero aquí», dijo ella. El reverendo se levantó y salió de la cocina.

Un intento de robo en casa de Hazel y Samantha, un accidente mortal en la iglesia, un joven con fama de oveja negra que vivía justo en la granja detrás del bosque por donde huyó el desconocido… ¡Demasiadas coincidencias! ¡Imposible!

«Tú también crees que fue un asesinato, ¿verdad?», le preguntó a Mr. Higgins, que hizo un ruidito de aprobación. ¡Al menos uno estaba de su parte!

IX

El apartamento de Charles era pequeño, un diminuto salón desde cuya ventana se veía la iglesia, un dormitorio aún más reducido con vistas al cementerio, una cocinita en el pasillo y un baño con una ducha que tenía un aspecto bastante maltrecho. El vicario había vuelto a bajar deprisa, porque Hazel le había requerido algo, ya que ella también había llegado a la casa parroquial para preparar la feria. Mejor así, así podía echar un vistazo tranquilamente.

Ariadne notó, sin embargo, al cabo de unos instantes, que en realidad no había gran cosa que ver. En la mesa tambaleante del salón había una taza de té usada, al lado una revista: leyó «Garden Today». Junto a ella, un boletín parroquial. Ni libros, ni otros periódicos, nada. Tampoco había una radio en el apartamento y se preguntó seriamente en qué se entretenía un joven como Charles en un entorno así.

El sofá estaba bastante desgastado y sin duda procedía del almacén de la parroquia, como todos los muebles del pequeño apartamento, que parecía aún más estrecho debido a las inclinaciones del tejado. Mr. Higgins se paseó un poco por la vivienda, pero luego se dejó caer sobre la alfombra ajada y empezó a roncar casi de inmediato. Casi daba envidia aquel perro…

Ariadne fue hacia la pequeña ventana y la abrió, porque el aire allí dentro estaba polvoriento y tenía un olor algo rancio. Seguramente en los últimos años se habría usado esta estancia como especie de trastero: junto al sillón había una caja antigua llena de himnarios, en la esquina un parasol, y había una red con balones desinflados al lado de la puerta del dormitorio.

No había nada en estas habitaciones que revelara personalidad alguna. Nada indicaba quién había sido realmente Charles. ¿Qué había querido en la vida? ¿Quiénes eran sus referentes? ¿Había tenido sueños, deseos, metas? Si creara un personaje así para una de sus novelas, la criticarían por escribir personajes planos y sin motivación. La vida, en realidad, era mucho más insatisfactoria que la ficción.

Se dejó caer en el sofá y suspiró. Así que esto había sido una pista equivocada. Espera. Pensándolo bien, había algo curioso en lo que no estaba en este apartamento: una foto de Samantha. Se levantó de nuevo y fue al dormitorio.

Allí había un armario antiguo, la cama estrecha con una manta delgada y una mesilla. Y efectivamente, allí había un libro. Leyó el título: «The English Garden». Bueno, quizá Charles sí tenía algún interés. Se le veía como el manitas disponible para todo, pero aparentemente su pasión era la jardinería. Pero ni en esta habitación había una foto de Samantha. Se sentó en la cama, demasiado blanda y chirriante. ¿Tendría que replantearse su hipótesis? Por los comentarios sobre Samantha y su supuesta popularidad entre los chicos del pueblo, no había considerado realmente la posibilidad de que fuera Charles quien hubiese querido dejarla. No estaba enamorado de ella, no quería seguir siendo su ayudante y prefería dedicarse a la jardinería. Le dijo que quería romper, y Samantha, que sabía que él iba a limpiar la cruz, se coló en la iglesia y empujó la escalera. Tal vez discutieron antes, él le confesó que ya no quería pasarse cada minuto libre trabajando para ella en el salón. Discuten, ella pierde los nervios, da una patada a la escalera… Sí, eso también podría ser…

«¡Pero aquí no!», interrumpió de pronto la voz de Samantha a través de la ventana del dormitorio.

Se levantó, fue hacia la ventana y miró hacia el cementerio. Ahí delante, junto a un gran arbusto de rododendro, estaba Samantha. ¡Y no estaba sola! El hombre le tenía las manos cogidas y ella parecía hacerse un poco la difícil. Vamos, ¡muéstrate! El tipo estaba casi completamente cubierto por el gran arbusto y Samantha le hablaba, pero ahora tan bajito que no podía oír ni una palabra. Su postura corporal y sus gestos sugerían una discusión con el desconocido, aunque no estaba del todo segura. En las novelas malas la gente gesticula exageradamente cuando discute en la distancia. Una vez más, la vida demostraba no parecerse nada a una novela. El hombre le había cogido la mano a Samantha y la atrajo hacia él, dando un paso hacia adelante. ¡Ajá! ¡A ese lo conocía! ¡Era el tipo que la había adelantado con la furgoneta! ¿Podría ser

Christopher Hornhill? Ese hombre había hablado con Charles cuando ella llegó al pueblo. ¿Lo habría sonsacado para saber qué planeaba por la tarde?

Besó a Samantha con pasión en la boca y ella prácticamente se desplomó en sus brazos. Aquellos dos eran o muy valientes, o muy tontos… probablemente ambas cosas. Es verdad que la casa parroquial no tenía ventanas al cementerio en los pisos inferiores, pero aun así, alguna de las señoras podía salir en cualquier momento y pillarlos. O alguien podía visitar el cementerio. ¡Y eso en pleno día! Hazel seguramente sufriría un infarto si los sorprendiera.

Pero justo en ese momento Samantha se soltó del abrazo, dijo algo y se alejó apresuradamente. El tipo la siguió con la mirada y luego se alejó tranquilamente hacia el bosque. ¡Lo sabía, era Christopher Hornhill! Y al verlo alejarse desde allí, bien podía ser el hombre que había visto huir de la iglesia.

Vaya por Dios, en sus novelas de misterio su detective ahora seguiría a Samantha o a Christopher. Pero ¿qué les diría a esa joven o a ese hombre? Que evidentemente tenían una aventura, lo cual sí podía considerarse un motivo. Pero no era ninguna prueba de nada. No, lo primero era examinar más a fondo el lugar del suceso. Tal vez eso arrojara algo de luz.

«¡Mr. Higgins! Despierta, viejo perezoso. ¡Nos vamos a la iglesia!»

«¡Oh, Mrs. Arlington! ¿Puedo molestarla un momento?»

Ariadne, que ya casi había salido por la puerta, se volvió.

«Mrs. Thomas, ¿en qué puedo ayudarla?»

«He hecho colocar un sillón para usted en el escenario y quería pedirle si podría echarle un vistazo para ver si todo está a su gusto para la lectura del domingo por la noche.»

Hazel le sonrió.

«Ah, claro que sí, Mrs. Thomas, con mucho gusto, deme quince… no, mejor veinte minutos. Quiero pasar rápidamente por la iglesia una vez más. No dejo de darle vueltas al pobre Charles y me gustaría hacerme una idea más clara del conjunto. ¡Quién sabe! Tal vez no solo se haya manipulado la escalera.»

Hazel la miró asustada.

«¿Entonces de verdad cree que no fue un accidente? Todavía no puedo creer que alguien le deseara algo malo a un joven tan amable como Charles.»

«Bueno, si tengo razón, no se quedó solo en desearlo. ¡Veinte minutos y vuelvo, se lo prometo!»

«Perfecto, entonces nos vemos en un rato», dijo Hazel y volvió a apresurarse hacia el gran salón.

«Vamos, Mr. Higgins, ¡vamos a examinar la escena del crimen!»

Ariadne ya llevaba al menos diez vueltas por la zona del altar sin haber encontrado nada. ¿Qué esperaba en realidad? ¿Una nota que dijera "¡asesinato!"? Suspiró, bajó los pocos escalones y se sentó en uno de los bancos.

¿Cómo habría actuado el asesino, si es que realmente fue un asesinato y no simplemente una pelea que se fue de las manos?

«¡Piensa, Ariadne! ¿Cómo lo habrías hecho tú?»

Si fue un asesinato, el autor debía asegurarse de que la víctima muriera de verdad. Empujarla simplemente desde la escalera no era garantía suficiente. Y luego estaba ese perno de seguridad que faltaba. Eso se habría tenido que quitar antes, lo cual apuntaba claramente a un asesinato.

Así que alguien sabía que Charles debía limpiar la cruz, y también cuándo. Hazel dijo que fue ella quien se lo pidió.

Pensativa, se levantó y fue hacia la pared a la derecha del altar. Allí había una especie de manivela conectada a las cuerdas que sujetaban la cruz en su posición. Frunció el ceño. ¿Por qué no había bajado Charles la cruz? Habría sido mucho más fácil que trepar por la escalera. Tal vez no se podía bajar del todo. Tocó la manivela y se apartó enseguida. Apenas había rozado el mecanismo, pero ahora la palanca giraba a toda velocidad soltando la cuerda que colgaba sobre el altar. ¡Ajá! ¡Alguien había manipulado este sistema de poleas! ¡La escalera no era el problema! Charles estaba arriba, quitando el polvo de la cruz, y alguien accionó esta palanca. La cruz bajó de golpe, lo empujó desde la escalera… Puede que esa persona hubiera bloqueado el mecanismo previamente, por eso Charles fue a por la escalera, que el asesino ya había preparado…

La imagen era cada vez más nítida: Samantha había escuchado cómo Hazel le encargaba a Charles limpiar la cruz. Luego se lo contó a su amante Christopher. Este se coló en la iglesia, manipuló la palanca y la escalera y solo tuvo que esperar a que llegara Charles. Él vio que la manivela estaba atascada, fue a por la escalera y, mientras limpiaba sin sospechar nada, Christopher activó el mecanismo, la pesada cruz bajó en seco, Charles intentó agarrarla por instinto y cayó con ella desde la escalera…

Ya era hora de tener una charla con ese Mr. Hornhill. Lo que acababa de imaginar era un plan bastante elaborado. Además, no tenía ni idea de cuánta habilidad técnica hacía falta para manipular ese torno. Había que ver si Hornhill era siquiera capaz de algo así. Aunque siendo agricultor, lo más probable era que sí supiera de mecánica.

Tal vez debería intentar recrearlo. Eso es lo que hacían sus detectives en las novelas, al fin y al cabo.

La escalera seguía en una esquina de la nave lateral izquierda. «¡Mr. Higgins, podrías echarme una mano!», dijo, pero el perro salchicha ya estaba otra vez roncando bajo uno de los bancos.

Sonrió y fue hacia la escalera para examinarla. Muy pesada y maciza. Intentó moverla un poco. Madre mía, aquello pesaba una tonelada, no podría llevarla al altar ni en sueños. Tal vez debería llamar al vicario para que le echara una mano.

De repente Mr. Higgins gruñó y ladró. ¡Eso no lo hacía nunca!

«¿Qué pasa? Yo…» ¿Era eso olor a lavanda?

Justo cuando iba a girarse, sintió un golpe seco en la nuca.

Mientras caía al suelo, alcanzó a ver una mano… y luego la escalera, cayendo sobre ella.

X

Abrió los ojos y tardó un momento en ubicarse. Al parecer, no estaba muerta, lo cual fue una sorpresa bastante positiva. A menos que el cielo tuviera el aspecto de su habitación en casa de tía Dorothy, lo cual tampoco la habría sorprendido demasiado. No, probablemente no estaba muerta, porque al girar un poco la cabeza, un dolor agudo le atravesó el cráneo y la hizo gemir en voz baja. Lavanda. Había algo con lavanda...

«¡Ariadne, querida, estás despierta!», oyó decir a su tía, y asintió levemente.

«¿Qué es...? Quiero decir... ¿cómo, cómo he llegado hasta aquí?», preguntó. Su vista se aclaró y también se desvanecieron las últimas nubes de niebla.

«El vicario y Hazel te encontraron, cielo, estabas en la iglesia, ¡debajo de la escalera! ¿Pero qué te ha dado por hacer esas cosas?»

¡Ah! Cierto, la escalera. Había pensado en subir a la escalera porque... porque... ¡Sí! Porque alguien había manipulado el mecanismo del soporte de la cruz, ¡exactamente! Y justo cuando iba a examinar la escalera, alguien la había golpeado por detrás. Intentó incorporarse en la cama, pero gimió y volvió a dejarse caer en las almohadas.

«Tranquila, tienes un buen chichón y algunos moratones. ¡Es casi un milagro que no te haya pasado nada más grave! De verdad, Ariadne, deberías haber tenido más cuidado. ¡Podrías haberte roto el cuello igual que el pobre Charles!», dijo tía Dorothy y le ofreció una taza de té. «¡Primero da un sorbo! Luego te sentirás mejor, es mi mezcla de hierbas.»

«Creo que ahora mismo preferiría un buen trago», dijo Ariadne, pero aun así tomó la taza y olfateó con cautela. Sí, sin duda era el famoso té de hierbas que su tía recetaba para todos los males —y que también tomaba a diario. Bueno, no podía hacer daño. Dio un sorbo y puso cara de asco. Sabía aún peor de lo que recordaba...

«Y ahora me vas a contar qué estabas haciendo exactamente allí», dijo su tía y se sentó en la cama.

«Creo que deberíamos avisar a ese amable inspector de la policía, porque estoy bastante segura de que no fue un accidente», dijo Ariadne e intentó dejar la taza, pero al ver la mirada de su tía, tomó otro sorbo.

«Eso puede esperar. Ahora me lo cuentas a mí. Y, por cierto, deberías agradecerle a Mr. Higgins con una salchicha bien grande, porque si no fuera por ese pequeño, probablemente seguirías ahí tirada. Salió corriendo y montó un buen escándalo, eso me lo contó el vicario. Pero bueno, ¡ahora habla!»

«Y por cierto, no me caí de la escalera, ¡la escalera cayó sobre mí! Después de que alguien me golpeara.»

«¿Qué? ¿Estás segura?»

«¡Por supuesto! Y creo saber quién fue: Christopher Hornhill —o quizá Samantha Thomas.»

«¿Qué dices? ¿Y cómo se te ocurre eso? ¿Puedes probarlo?»

«Escúchame primero, y verás que son los únicos que encajan. ¡Y no me mires así! No me lo estoy inventando. Todo este asunto huele a chamusquina, si quieres saber mi opinión. Y, sinceramente, la reacción de Samantha ante la muerte de Charles no me convenció nada. Por eso fui a mirar al apartamento de Charles. Pero allí no había nada —y eso era justo lo interesante. Además, había un olor, un toque de... lavanda, como de perfume.»

Dorothy levantó una ceja y le tocó la frente.

«¡No tengo fiebre!»

«¡Pero dices disparates!»

«No, no digo disparates. Lo que quiero decir es: en el apartamento no había ninguna foto de Samantha, ni cartas de amor, nada de lo que se esperaría de un joven enamorado hasta los huesos. En cambio, libros de jardinería.»

«Ajá», dijo Dorothy.

«¡Oh, vamos! ¡Eso es raro! ¡Muy raro! Si me preguntas, diría que nuestro Charles no estaba realmente interesado en Samantha, ni en pasarse el resto de su vida como conserje de la parroquia o esclavo de su mujer. ¡Quería dedicarse a las plantas, quizá abrir su propio vivero!»

«Pero eso aún no explica por qué estabas encaramada a la escalera de la iglesia.»

«¡Eso viene ahora! ¡Solo tienes que esperar un poquito!»

«A mi edad, no tengo tiempo para esperar.»

«Entonces déjame contar.»

Dorothy asintió y tomó también una taza de ese horrible té.

«Seguro que sabes que desde el apartamento se ve el cementerio, ¿no? Pues pensé en mirar un poco por la ventana —¿y a quién veo? ¡A Samantha! Y no estaba sola, ni mucho menos.»

«¡Anda, ahora sí que me tienes en vilo!»

«Estaba hablando con un joven, sospecho que era Christopher Hornhill. Al menos al principio, porque después se besaron. Y no hablo de un piquito en la mejilla, ¡no! Era más bien Romeo y Julieta, si me entiendes.»

«¿Estás segura? ¡Eso ya sería fuerte!»

«¡Claro que estoy segura! Luego él se marchó y yo fui demasiado lenta para alcanzarlo. Pero apostaría mi máquina de escribir a que era el mismo que vi correr cuando encontramos a Charles en la iglesia.»

«Entonces, ¿crees que ellos mataron a Charles?»

«¿Quién más podría ser? Todos con los que hablé me dijeron lo amable, servicial y simpático que era Charles. Pero Samantha no parecía realmente afectada por su muerte, más bien preocupada porque quiere abrir ese maldito salón de belleza y él tenía que ponerle unas estanterías. ¡No me digas que esa es una reacción apropiada a la muerte de tu prometido! Luego dicen que tenía a todos los chicos del pueblo detrás, ¡y yo la veo besándose con el paria del lugar! ¡Eso no puede ser casualidad! Apuesto a que Samantha estaba aburrida de Charles o que Christopher quería eliminar a un rival. O quizá lo planearon juntos. ¡Aunque no me parece que Samantha tenga mucha cabeza para eso!»

«Sí, podría ser. Y entonces sería uno de los motivos más antiguos del mundo: ¡crimen pasional!», dijo su tía.

«¡Qué aburrido, ¿verdad?! Hoy en día no me dejarían pasar con algo así. Mis lectores dirían que es previsible y soso.»

«Pero la vida no es una novela, Ariadne. ¡Y ahora acaba tu té!»

Ariadne puso cara de resignación, pero se bebió la taza obedientemente.

«Pero la historia no ha terminado. He...»

«Guárdate el aliento. Creo que ya estás lo bastante fuerte como para volver a contar tu historia, ¿no?»

Se incorporó un poco más en la cama e ignoró el dolor palpitante en la cabeza.

«¿Y por qué otra vez?»

«Muy simple: ¡porque he hecho venir al inspector Jones!»

«¡Estupendo!»

«¿En el mecanismo?», preguntó Jones.

«Sí, no me pregunte cómo funciona, no tengo ni idea. Pero accioné la palanca y el torno se movió a toda velocidad.»

«Sí, pero entonces Charles lo habría notado antes de subirse a la escalera, ¿no cree?»

«¡No! Sospecho que alguien atascó el mecanismo. Charles quiso bajar un poco la cruz, pero no pudo. Entonces fue a por la escalera...»

«...A la que le habían quitado el perno de seguridad», añadió su tía.

«Exacto, así que coge la escalera inestable y la coloca. Empieza a limpiar la cruz, el asesino sale de la sacristía, acciona la palanca y la cruz se desploma y mata a Charles», dijo Ariadne, y volvió a recostarse en los cojines. El dolor de cabeza aumentaba de nuevo y sentía como si alguien bailara charlestón en su cráneo.

«No parece usted muy convencido, inspector jefe», dijo su tía.

«Pues... la verdad, todo eso me parece un poco rebuscado, si he de ser sincero.»

«¿Y quién cree entonces que me golpeó, y por qué? Le he dicho que vi a Samantha y a Christopher juntos en el cementerio.»

«Usted supone que era Mr. Hornhill, pero no lo sabe con certeza.»

«Mi sobrina describió al joven, y sin duda era Mr. Hornhill. ¡Le viene como anillo al dedo a ese sinvergüenza!»

Jones suspiró.

«Está bien, entonces vio a Mr. Hornhill y a Miss Thomas juntos.»

«¡Se estaban besando! ¡Y no hablo de un beso amistoso en la mejilla, Jones! ¡Tienen una aventura!»

«Puede ser, pero eso aún no es un motivo para matar. Y, por cierto, no somos unos aficionados, aunque en sus novelas a veces nos pinte así. Ya hemos comprobado que Miss Thomas estaba en su tienda en el momento del crimen.»

«¿Y qué? Entonces fue Hornhill. Es hijo de un granjero, sabrá de mecanismos y esas cosas. ¿De verdad cree que es casualidad que primero vea a esos dos abrazados en el cementerio, luego inspeccione la escena del crimen y justo después me dejen inconsciente? Christopher volvió, me vio junto a la escalera, se asustó y me golpeó. Así tuvo que ser.»

«Mrs. Arlington, tiene usted un buen chichón en la cabeza. Posiblemente también una conmoción cerebral. No sería raro que...»

Ariadne resopló.

«¡Ni me he imaginado el beso ni que alguien me golpeara! ¡De verdad, inspector jefe! Le aseguro que ninguno de mis lectores se creería un policía tan terco como el que está usted haciendo ahora.»

Jones volvió a suspirar y luego se levantó.

«Creo que ahora lo que necesita sobre todo es descansar.»

Probablemente el inspector tenía razón en algo: lo mejor sería que descansara un poco. ¡Ja! Pero no había tiempo para eso. De nuevo sola en su habitación —o casi, porque Mr. Higgins estaba a los pies de la cama y no había forma de convencerlo de que se fuera— sacó su cuaderno y miró lo que había anotado. Una trama debía reposar un poco, era algo así como una masa de pan literaria. Para que saliera bien, hacía falta paciencia, reposo y buenos nervios.

'Charles – simpático, pero algo ingenuo?' lo cambió por 'afición a la jardinería, sin fotos de Samantha, probablemente no la quería. ¿Quería dejarla? No quería pasarse la vida siendo esclavo de S. Asesinado'.

Luego pasó a la siguiente línea.

'Samantha. Guapa, quiere una vida mejor, boutique o salón (¿es relevante?), hombres del pueblo interesados en ella?' Tachó '¿Motivo?' y escribió 'Aventura con Hornhill, ¡Motivo! Quiere a

Hornhill, que le parece más excitante, pero sabe que su tía nunca aprobaría la ruptura del compromiso'.

La parte de Hazel podía dejarla como estaba, igual que sus notas sobre el vicario.

Solo faltaba Christopher Hornhill. Qué suerte que había dejado sitio en esa página.

'Oveja negra del pueblo, amante de S., posible motivo: eliminar a un rival'.

'Cruz como arma del crimen' lo amplió con 'Manipulación del mecanismo. ¿Requiere conocimientos?'

Miró a Mr. Higgins, que roncaba suavemente mientras estiraba sus patitas al aire. Sonrió. Aquel perrito era probablemente el perro guardián más eficaz de toda la historia de la humanidad.

¿Qué harían ahora sus detectives? Seguro que echarían un vistazo a la tienda de Samantha. Solo para hacerse una idea general de la situación. Sí, sin duda, eso lo haría ella mañana mismo. Y por supuesto, cualquier investigador que se preciara haría una visita al señor Hornhill. Bajó el bolígrafo. ¿Era realmente una buena idea? Si él había sido quien la había golpeado ese mismo día, ¿no estaría metiéndose directamente en la boca del lobo? Pero eso jamás detendría a un verdadero detective, ¡de ninguna manera! Sería demasiado aburrido para una novela.

«Pero la vida no es una de tus novelas», oyó decir a su tía en su cabeza, y soltó una carcajada. Allí estaba, sentada en su cama, con un chichón del tamaño de un huevo de codorniz, planeando una investigación sobre un caso de asesinato real. Quizá lo más sensato sería concentrarse en sus libros y dejarle el asunto a la policía.

Ay, ese horroroso manuscrito que no acababa nunca y que no le daba la menor satisfacción. A su lado, un poco de peligro hasta resultaba atractivo. Claro que sus detectives nunca tenían que dar lecturas en fiestas patronales… Suspiró y tomó su penúltima novela de la mesilla. Quizá realmente debería pensar qué iba a leer el domingo…

XI

«¿De verdad crees que no deberías quedarte en la cama, cariño?»

Tía le acercó la mermelada de fresa y alzó una ceja.

«Tonterías. Solo tengo un chichón, por lo demás estoy perfectamente.»

«Una vez leí que hay gente que después de un golpe así cae muerta a los pocos días», dijo Miss Harlton mientras mojaba su tostada en la yema.

«Muy alentador», dijo Ariadne, palpándose el bulto que, por suerte, quedaba oculto bajo el pelo. «Me siento genial, de verdad. Esta noche es la tómbola, tengo que ir, lo prometí. Y un poco de aire fresco nunca le hizo daño a nadie», dijo.

«Entonces siéntate en el jardín», dijo su tía sin apartar la vista de su tostada.

«Nada de eso, voy a dar un paseo por Basingstoke, creo que necesito ver gente, distraerme un poco», dijo. Tía sonrió y volvió al periódico.

«Ajá, o sea que solo vas a dar un paseíto por este pueblucho aburrido que es Basingstoke. Eso cuéntaselo al vicario», dijo tía cuando Ariadne se subió al coche. Ariadne suspiró.

«Vale, quiero echar un vistazo al salón de belleza de Samantha, ¿contenta?»

«¿Y qué esperas encontrar? ¿Acaso crees que esa tontuela escondió sus planes asesinos entre los botes de champú?»

«Muy graciosa. Solo quiero hacerme una mejor idea del asunto – al fin y al cabo, fui atacada. Y no me mires así, no pensarás que me lo estoy inventando todo, ¿verdad?»

«No, claro que no, cariño. Por eso mismo me preocupa. Lo de ayer pudo ser una advertencia, una forma de decirte que mejor no te metas en esto. ¿Y si el asesino la próxima vez...»

Ariadne agitó la mano.

«No habrá próxima vez. Eso no me vuelve a pasar. Fui descuidada, nada más. Además, he vuelto a pensar en lo que pasó. Estoy segura de que justo antes del ataque olí lavanda. Pero no de planta, sino

como... una crema o un perfume. Apostaría a que fue Samantha. Podría haber entrado desde el cementerio y haberme visto. No me la imagino a ella usando colonia de lavanda, pero a Hornhill sí que no lo veo con ese perfume. Y quién sabe, quizá...»

«Tiene toda una colección de lavanda en su tienda, sí, ya lo he entendido. Pero aun así, ten cuidado.»

Desde la casa se oyó un ruido metálico y un improperio que no era precisamente de señorita. Tía suspiró.

«Será mejor que vuelva. Miss Harlton quiere, Dios nos ampare, hacer bollitos, y no tengo intención de tener que reformar la cocina…»

Se inclinó, le dio un beso en la frente a Ariadne y volvió corriendo a la casa. Ariadne la siguió con la mirada, sonriendo. En el fondo, Miss Harlton era un amor, pero cocinar... eso sí que no era lo suyo. Todavía recordaba aquella tarta de manzana en llamas de hace dos años…

El camino a Basingstoke no era largo. Había recorrido esas carreteras comarcales mil veces de joven. En aquella época, la pequeña ciudad era casi una aventura. Había una sala de baile, varias tiendas de ropa, un teatro donde representaban comedias espantosas, y sobre todo una biblioteca. El cine, construido a finales de los años veinte, nunca llegó a visitarlo; para entonces ya vivía en Londres, pensó al pasar por delante del edificio Art Déco. Sonrió. Su amor por el cine había llegado tarde, aunque en Hollywood sabían contar buenas historias. Pasó frente a la vieja librería y vio que en el escaparate había dos de sus novelas. Nunca lo habría imaginado cuando era una jovencita.

Había una floristería nueva y una cafetería encantadora en la calle principal, además de la antigua tienda de ropa para señoras, una barbería donde el dueño estaba sentado al sol charlando frente a su local, y luego vio la tienda de Samantha. Aparcó justo delante del gran escaparate y bajó del coche. A la izquierda del salón de belleza había una frutería, a la derecha una tienda de antigüedades. Ambas eran nuevas, hasta donde recordaba. Aunque, la verdad, ya no sabía cuándo había estado por última vez en Basingstoke.

Se quitó los guantes de cuero y bajó del coche. En el escaparate, en letras doradas y muy recargadas, se leía: «Sam's Beauty-Parlor». Pero dentro no se veía gran cosa. La luz del sol entraba por las grandes ventanas e iluminaba un local sorprendentemente amplio. Había unas estanterías blancas adosadas a la pared, rollos de papel pintado de flores en el suelo, algunas cajas y herramientas. Pero nada más. Sin espejos, sin sillas, nada. Frunció el ceño. Samantha había dicho que pensaba abrir en breve. ¿Estaría todo guardado en la trastienda, a la que llevaba una puerta al fondo del local? No parecía probable.

«Llega tarde – o demasiado pronto, según se mire», dijo alguien a su espalda.

Se giró y se encontró con la radiante sonrisa de una joven.

«Usted es Ariadne Arlington, ¿verdad? ¡He leído todos sus libros!»

Santo cielo...

«Sí, soy yo, querida. ¿Y tú eres?»

«Oh, qué maleducada, me llamo Claire Fieldbrooks, trabajo con Mrs. Sprout en la librería. Claro que sabía que mañana tiene una lectura en Bedford, pero no imaginé que también vendría a Basingstoke. Si busca una peluquería...»

Ariadne se tocó el pelo casi sin darse cuenta.

«... entonces tiene que seguir un poco más abajo hasta la señora Houlding. No es lo más moderno, pero bueno, es lo único que tenemos por ahora. Me alegré tanto cuando supe que abrirían un nuevo local aquí, tan moderno y además la dueña es joven. Seguro que entiende más de modas.»

«¿Habla de Samantha Thomas?»

«Sí, exacto, y de su novio, ese encantador Charles que siempre le echaba una mano. No sé qué ha pasado al final. Estaba todo montado y de pronto se llevaron los muebles.»

«¿De verdad? ¿Y por qué?»

«No lo sé. Mrs. Sprout habló con ellos, creo. Tal vez ella pueda decirle más. Y ya que está aquí… ¿le importaría firmar algunos libros? ¡Haría tan felices a nuestros clientes!»

Dios mío, qué horror. Puso su mejor sonrisa.

«Con mucho gusto, querida.»

«Bien, creo que ya hemos terminado con todos y...»

«¡Aún tengo una pila!», dijo Claire, colocando su primera novela sobre la mesa. Ariadne suspiró en voz baja y movió la muñeca, que ya empezaba a crujir de forma preocupante.

«Nuestros clientes estarán encantados, se lo aseguro», dijo Mrs. Sprout, radiante, mientras servía a Ariadne una taza de té que esta aceptó con agradecimiento.

«Si pudiera volver al tema del salón de belleza...»

«¿Sabe si aún quedan entradas para la lectura de mañana?», preguntó Claire desde el fondo de la tienda.

«¿Perdón? Ah, sí, claro, supongo que sí, habrá taquilla. Pero quería decir que...»

«¿Ha oído eso, Mrs. Sprout? ¡No podemos perdérnoslo! No todos los días se tiene la oportunidad de escuchar en vivo a una autora tan famosa. ¡Será emocionante!»

Ariadne abrió la boca... y la volvió a cerrar. ¡Si ya estaba aquí sentada! ¿No era eso lo bastante emocionante?

«Sé que quizá suene un poco atrevido, pero... ¿cree que alguna vez podría hacer una lectura aquí, en nuestra librería?», preguntó Mrs. Sprout con ojos brillantes.

Ariadne recordaba la tienda mucho más grande. Probablemente porque en aquella época ella era más pequeña... ¿Cómo se suponía que iba a organizarse una lectura allí?

«Le dejaré una tarjeta de mi editorial, querida. Este año tengo bastantes compromisos, pero seguro que podrán ayudarla. Pero si me permite volver al tema del salón de belleza. Su ayudante me ha dicho que el local estaba ya casi montado y que luego se llevaron los muebles. ¿Sabe usted algo más?»

Mrs. Sprout se acercó una silla y se sentó junto a Ariadne.

«Ah, sí, la nueva tienda. Todas las mujeres del barrio estaban emocionadísimas, ¡un auténtico salón de belleza en Basingstoke! Era el tema del momento, se lo aseguro. Y estaba todo tan bonito... colores pastel, muebles modernos, los secadores de casco, como en los salones de Londres. Y de repente, hace una semana, apareció un camión y se lo llevaron todo. Al principio pensé que estaban robando

a la pobre chica, así que fui a ver. Pero no, era la empresa de Reading que le había vendido los muebles.»

«¿Y dijeron por qué los recogían?», preguntó Ariadne, mientras seguía firmando.

«No, nada. Pensé que quizá le había pasado algo a la dueña.»

«No, a ella no», dijo Ariadne, tomando otro libro.

«¿A la tía tan simpática?», preguntó Claire.

«No, a Charles. Fue... asesinado», dijo, y tomó el siguiente ejemplar.

Las dos mujeres se miraron fijamente.

«¿Asesinado?», susurró Mrs. Sprout, más fascinada que horrorizada.

«¿Y usted está investigando?», preguntó Claire.

«Un poco, digamos. Llamémoslo investigación para una novela.»

«¡Qué emocionante!», dijo Mrs. Sprout.

«¿Y no se acuerda, por casualidad, del nombre de la empresa de muebles? Eso me sería de gran ayuda – y podría imaginarme que en mi próxima novela aparezcan una librera muy perspicaz y su encantadora y extraordinariamente atractiva ayudante como personajes invitados...»

Todavía le dolía la muñeca como después de un partido de tenis cuando llegó a la dirección del proveedor de muebles. Durante el trayecto se había topado con un rebaño de ovejas, luego se equivocó dos veces de camino y estuvo a punto de rendirse. ¡Con semejantes tonterías nunca tenían que lidiar sus detectives, por el amor de Dios!

A esta zona se le podía llamar un «polígono industrial y comercial». Había carpinterías, talleres y almacenes de todo tipo, que parecían cuerpos extraños plantados en medio de aquel paisaje soleado e idílico. En lugar de canto de pájaros, lo que se oía aquí eran martillazos, sierras, taladros y el retumbar de grandes máquinas. Bueno, incluso en el campo la gente necesitaba toda clase de cosas…

Aparcó justo frente a la verja de «Hamilton & Sons», mayorista de muebles, y echó un vistazo al espejo retrovisor. Menos mal que

había traído sombrero…

Bajó del coche y se dirigió decidida hacia la verja, 'custodiada' por un señor mayor con uniforme de fantasía.

«Buenos días, joven, me interesa mobiliario para un salón de belleza y me han dicho que aquí podría encontrar algo, ¿es así?»

El hombre se levantó con esfuerzo de su pequeño taburete y la examinó de arriba abajo.

«Tenemos una sala de exposición, allá en Reading, allí puede escoger lo que quiera», dijo.

«Oh, sí, ya lo sé, pero una amiga me comentó...» Dio un paso más cerca y bajó un poco la voz. «... que aquí tienen piezas que han sido devueltas, a buen precio.»

El hombre sonrió ampliamente.

«¿Ah, sí? ¿Y eso le dijeron, señora? ¿Y quién soy yo para negarlo? Ha tenido suerte, el jefe está aquí mismo, pase por la verja y la primera puerta a la izquierda.»

«¡Es usted un encanto!», dijo, le regaló una sonrisa deslumbrante y atravesó la verja de hierro forjado hacia el recinto.

Allí, salvo por las risas lejanas de unos operarios, reinaba la calma. Hamilton no fabricaba muebles, solo los distribuía, como indicaba el cartel a la entrada. Aun así, el aire olía a madera recién cortada y barniz. Probablemente algunos encargos se adaptaban aún a medida.

Cruzó el sorprendentemente amplio patio, pasó junto a varios camiones alineados y llegó a la puerta donde colgaba una placa de latón. 'Despacho del Sr. Hamilton', rezaba, y llamó con decisión.

Oyó un «¡Adelante!» y entró en la diminuta oficina tras la puerta, algo desvencijada.

«¿Qué pasa ahora? Ya dije que… Oh, perdone, pensé que era uno de mis chóferes, señora. ¿En qué puedo ayudarla?»

El hombre se levantó de su sitio tras un escritorio atiborrado de papeles y dio un paso hacia Ariadne. Tendría unos cuarenta años, el pelo gris plateado y una mandíbula digna de estrella de cine. Aunque el aire del despacho olía a polvo y tabaco frío, aún podía percibir su agradable loción para después del afeitado. Cuando sonrió, le relucieron los dientes blancos y se le marcaron hoyuelos

en las mejillas. ¡Cielo santo! Aquel hombre sería un protagonista de novela estupendo.

«Me llamo…»

«¡Ariadne Arlington! ¡Claro que lo sé! ¡Mi mujer es fan absoluta de sus libros! Tiene toda una estantería llena y hemos estado en al menos diez de sus lecturas. ¡Si le digo que ha estado hoy en mi despacho, madre mía, no se lo va a creer! Pero dígame, ¿en qué puedo ayudarla? ¡Tome asiento! ¿Le apetece un té? ¿Un café?»

Ariadne se sentó.

«Muy amable, pero no, gracias. Verá, es una consulta un poco inusual, se trata de… documentación para una novela. Exactamente, de eso se trata. ¡Investigación!»

El Sr. Hamilton, aún sonriente, volvió a su sitio detrás del escritorio y se encendió un cigarrillo.

«¡Qué emocionante! ¡Pregunte lo que quiera! ¡Mary se va a volver loca cuando se lo cuente!»

«Me han contado que en Basingstoke iba a abrirse un salón de belleza que ustedes iban a amueblar, ¿es cierto?»

Frunció el ceño y dio una calada. Luego hojeó una pila de papeles.

«¿Se refiere a Mrs. y Miss Thomas?», preguntó, y extrajo una hoja del montón peligrosamente inestable.

«Sí, justo. Hoy estuve allí y vi que el local estaba completamente vacío.»

Frunció los labios y dejó el cigarrillo en un cenicero desbordado.

«Ha sido un lío tremendo. Mrs. Thomas nos encargó los muebles hace ya unos meses. Pagó una señal, y quedaban unos quinientos libras por abonar. Tendrían que haberlo hecho hace un par de semanas, pero no lo hicieron. Les dimos unos días más, pero al final tuvimos que recoger el mobiliario.»

«Vaya, qué contratiempo.»

Hamilton asintió, sonriendo y dando otra calada.

«Pasa a veces. Por suerte, los muebles no se habían usado y podíamos venderlos de nuevo. Pero ni siquiera fue necesario, porque Mrs. Thomas ha pagado finalmente. Quinientas treinta libras más cuarenta por la segunda entrega. Todo pagado hace cuatro días, aquí mismo en mi despacho. ¡Espere!» Se sujetó el cigarro entre los

labios y rebuscó en otra pila. El orden no era precisamente su fuerte, por guapo que fuera.

«¡Aquí está, mire, el recibo!», dijo, y le tendió un papelito que ella aceptó con una sonrisa. Ahí estaba, en blanco y negro. Mrs. Thomas había saldado la deuda el miércoles pasado.

«Entonces, ¿volverán a entregar los muebles?»

«Sí, el lunes, supongo. Es un poco engorroso, claro, porque tenemos rutas fijas y hay que reorganizar todo, pero Basingstoke está cerca y Miss Thomas tiene un amigo muy apañado. La última vez él ayudó a meter y montar todo.»

Ariadne le devolvió el recibo.

«Me temo que esta vez no podrán contar con Charles. Lo asesinaron.»

«¿Asesinado?»

A diferencia de las libreras, Mr. Hamilton parecía sinceramente horrorizado.

«Me temo que sí.»

«¿Y tiene algo que ver con el salón? ¿O con el dinero? ¡Santo cielo!»

Ariadne se irguió. ¿Con el salón? ¿O con el dinero? Aquello era una idea brillante. Podía ver cómo el argumento empezaba a tomar forma, apenas un boceto, pero ya visible. Alguien había entrado a robar a casa de los Winters. Esa persona había sustraído el dinero para los muebles. ¿Y si el ladrón había sido Charles? Samantha podría haberlo sorprendido. No, mejor aún: Christopher lo descubrió durante una visita nocturna y se lo contó a Samantha. Lo mataron y recuperaron el dinero... Podría funcionar. ¿O era demasiado rocambolesco lo del amante nocturno? ¿Se lo tragarían los lectores?

«¿Mrs. Arlington?», la sacó él de sus pensamientos.

«Oh, perdón. ¿Qué decía?»

«Que si puedo ayudarla con algo más.»

«No, ha sido muy útil, más de lo que esperaba. Dígame, ¿tiene planes para mañana por la noche?»

«No, ¿por qué?»

«Tengo una lectura en Bedford Haven, en el ayuntamiento. ¿Les gustaría venir a usted y a su encantadora esposa? ¡Podría dejarles

entradas en taquilla!» Al menos eso esperaba.

«¡Qué idea más fantástica! Muchas gracias. ¡Mary va a alucinar!»

«Entonces llévele buenas noticias. ¡Y no quiero quitarle más tiempo!»

«¡En absoluto! Le confieso que yo también leo sus novelas, es mi placer culposo, digámoslo así.»

¿Debería sentirse ofendida por eso? ¿Al menos un poco? Pero no lo dejó notar.

«Muchos hombres las leen, pero igualmente me alegra.»

«Entonces es un honor para mí poder colaborar con su 'investigación'», dijo, guiñándole un ojo.

«Qué amable. Pero debo marcharme, tengo otro compromiso y esta noche debo entregar un premio en la fiesta del pueblo.»

«¡La acompaño hasta la puerta!», dijo Hamilton, levantándose. Ariadne también se incorporó. Apenas había un paso hasta la puerta, así que casi se estorbaron al llegar al marco, él intentando abrírsela como buen caballero.

«¡Muchas gracias de nuevo!», dijo ella, ya en el exterior.

«Entonces, ¡hasta mañana! Y no olvide contarnos qué averiguó en su 'investigación'», dijo él, guiñándole de nuevo un ojo.

«¡Por supuesto!»

Pues eso había sido interesante, pero tenía que pensarlo mejor. Puso rumbo de nuevo a Basingstoke. Charles tenía una reputación intachable en el pueblo. ¿Sería capaz de robar? Quizás quería usar ese dinero —una suma bastante considerable— para abrir su propio vivero, lejos de las garras de vicarios bienintencionados, suegras del infierno y una prometida exigente e infiel. En una novela, eso podría ser un móvil excelente. En el Detection Club habían discutido, más en broma que en serio, cuál sería el crimen perfecto. Uno dijo que el asesino debía aparecer lo antes posible —algo obvio— pero también que siempre debía ser el primero en llegar a la escena. Por improbable o inocente que pareciera. Bueno, aparte de que eso podía resultar predecible con el tiempo, en la vida real, como bien argumentó aquel colega, no era tan descabellado. Claro, ella había sido una de las primeras en llegar, pero se podía excluir a sí misma.

Y luego estaba aquel joven que salió corriendo. El que ella creía que era Christopher Hornhill. Qué bien que justo ahora iba camino de visitar a ese 'caballero'.

Mientras conducía por el camino de tierra que llevaba a la granja de los Hornhill, volvió a dudar. La propiedad de los Hornhill estaba a poco más de una milla en línea recta del pueblo, aunque por la "carretera" eran más bien tres. Nadie sabía que estaba allí. Si Christopher Hornhill realmente había asesinado a Charles y estaba, junto con Samantha, detrás del atentado contra ella misma, entonces ir directamente a su casa para enfrentarlo con su teoría era, sin duda, la idea más tonta del día. ¿Y qué otra excusa tenía para presentarse en esa granja perdida de la mano de Dios? Paró el coche y miró a su alrededor. Dar la vuelta allí era imposible. Así que, de todos modos, tendría que avanzar un poco más. No, definitivamente no era su momento más brillante. Suspiró y continuó despacio. Y siguió. Vaya, al parecer no había forma de dar la vuelta y regresar.

Ya podía ver la granja entre los árboles del bosque. ¡Estupendo! Al cabo de un rato, llegó finalmente a la Hornhill Farm. Por supuesto, Christopher no la esperaba con una escopeta en mano, y tuvo que reírse en voz baja por pensar semejante tontería. En un libro todo estaría perfectamente orquestado: Christopher ya la habría estado esperando y le habría tendido una trampa. Pero la realidad era que la granja estaba completamente en silencio. Y no era una simple finca rural, ni mucho menos. Había una casa solariega de piedra de la época Tudor, grandes establos y varios edificios más que alcanzaba a ver desde su posición. Unas cuantas gallinas cruzaban el patio, pero aparte de eso – nada. Algunos edificios parecían estar en ruinas, y las malas hierbas crecían por todas partes, cubrían las losas del camino y ya habían invadido por completo un pequeño jardín. Condujo un poco más allá, pasando frente a la casa principal, cuando alguien salió del edificio. Detuvo el coche y se hundió un poco en el asiento. Bueno, tampoco era su mejor idea, sobre todo conduciendo un coche rojo chillón... Pero el joven – Christopher Hornhill, ¿quién más? – no pareció verla. Estaba dándoles lechuga a

las gallinas. Era el mismo hombre que se había encontrado con Samantha. Eso ya quedaba confirmado. Tras entretenerse un momento con las aves, se dirigió con paso rápido hacia un granero. Sí, esa forma de caminar – y esa chaqueta – era él. El tipo que había huido de la iglesia. Sin lugar a dudas.

Justo cuando iba a volver a encender el motor, oyó un rugido y un viejo motociclo atravesó el patio dando tumbos. ¡Oh! ¡Maldición! Miró a su alrededor, pero aún tenía una oportunidad. La moto se incorporó a la carretera, pero aparentemente Hornhill no se percató de su presencia. No miró ni a izquierda ni a derecha y salió disparado por el camino del bosque a toda velocidad en dirección al pueblo. Cuando el ruido del motor se fue apagando, Ariadne se atrevió a incorporarse. Por los pelos.

«¡De verdad, Ariadne! ¡Pensar a veces no viene mal!», dijo en voz alta y arrancó el motor. Ya era hora de prepararse para la fiesta del pueblo y la tómbola de esa noche. ¡Dios mío! Y además tenía que volver a hablar con ese inspector Jones, aunque seguramente solo volvería a prestarle media oreja...

XII

«¿Y bien, qué opinas?», preguntó Ariadne, que no lograba decidirse entre dos sombreros.

«Bueno, al menos parece una teoría plausible», dijo Dorothy, que ya estaba impecablemente arreglada y lista para salir juntas hacia la primera noche de la fiesta del pueblo.

«¿Solo plausible?», preguntó Ariadne, quitándose el sombrero negro. ¿Quizá el de las plumas rojas era mejor?

«Vale, quizá más que plausible. Que Hazel no pudiera pagar los muebles y de repente sí tenga el dinero, eso es bastante sospechoso. Solo te haré pensar en tres cosas: Charles, por todo lo que sé y he oído de él, era un chico extraordinariamente honesto. Una vez devolvió al vicario dinero que se encontró en la calle. Siempre dije que era demasiado bueno para este mundo. No me lo imagino como un ladrón sin escrúpulos. Además, Charles era muy hábil con las manos. ¿Crees que alguien como él forzaría la puerta de una casa de forma tan torpe? ¿No tendría acaso una llave? ¿Y para qué querría Charles ese dinero?»

Ariadne se decidió por el sombrero con plumas blancas y negras y volvió a mirar a su tía.

«Yo creo firmemente que todo el mundo es capaz de convertirse en culpable, por muy buena persona que parezca. Todos tenemos un punto de ruptura, incluso el más amable. Imagina que descubrió que Samantha tenía una aventura con Hornhill. Ella lo trata como a un esclavo, él tiene que obedecer, ser siempre educado, amable. El vicario le dice qué hacer, Hazel también. Todo el mundo siempre dice: "Oh, Charles, ese chico es un poco lento, hay que decirle todo lo que tiene que hacer". Pero quizá no era tan lento como todos pensaban. Acuérdate de nuestro primo Rick. Todo el mundo decía que era lento, y lo único que quería era que lo dejaran en paz. A Charles le apasionaba la jardinería. Así que sí que habría tenido un motivo para quedarse con el dinero – y también un uso para él. Quizá hasta pensaba que, después de tantas humillaciones, se lo merecía. Y quizá fingió el intento de robo mal hecho para despistar.»

Dorothy vació su taza de té.

«Sí, posible, como te decía.»

«¡Me estás sacando de quicio!», dijo Ariadne dejándose caer en una silla de cocina.

«Si tuviera que apostar mi pensión a quién comete robos en este pueblo, apostaría por Hornhill. Ese tipo es un sinvergüenza con todas las letras. A Mrs. Linster, por ejemplo, le estuvo robando la leche de la puerta durante semanas, ¡hasta después de que lo pillara una vez! Y a los Mulberry les robó todas las fresas del jardín. Quizá fue él quien entró a robar y Charles lo vio. Quiso eliminar al testigo y por eso lo mató.»

Ariadne se sirvió té y observó cómo brillaban los rayos del sol sobre los terrones de azúcar.

«¿Y de dónde sacó entonces Hazel el dinero para pagar los muebles? ¿Hornhill se lo devolvió a Samantha por amor puro y sincero?»

«Tienes razón…»

Ariadne suspiró y dio un sorbo.

«Es mucho más fácil cuando solo hay que escribirlo. Así los personajes hacen lo que uno quiere.»

Dorothy sonrió y le puso la mano sobre la suya.

«¡Ya lo resolveremos! Y ahora termina el té, que ya casi es hora de irnos y no queremos llegar tarde.»

En realidad, no quería ir en absoluto. Pero ese no era el punto…

«¡Y el primer premio, un juego de té Queen Anne, es para el número tres-tres-cero!», anunció, viendo cómo una joven se levantaba emocionada, con las mejillas encendidas, se dejaba besar por un atractivo pelirrojo y luego, entre los aplausos envidiosos de los presentes, se acercaba a recoger su premio. Hazel le sonrió y le entregó la enorme caja, que casi la hacía tambalearse.

«¡Felicidades!», dijo Ariadne y le dio un beso en la mejilla.

«¡Plata auténtica, no me lo puedo creer!», exclamó la ganadora, saludó con la mano y, con ayuda del pelirrojo, volvió a su sitio.

«En realidad solo está plateado», murmuró Ariadne para sí.

«Damas y caballeros, esa ha sido la tómbola benéfica de este año a favor de la iglesia. ¡Hemos recaudado más de setecientas libras!»

Estallaron los aplausos.

«Gracias a todos los que donaron premios para la rifa y les deseo una velada maravillosa. ¡Disfruten de la música en directo y del bufé!», dijo Ariadne y se bajó rápidamente del escenario. Tía Dorothy estaba sentada con Mrs. Lauder y Mrs. Ruppert, así que por ellas no tenía que preocuparse. Cuando esas tres se juntaban, los que debían preocuparse eran los demás.

Hazel se dirigía justo hacia el vicario. Ariadne la alcanzó.

«Querida, ¿podría hacerme un favor?», preguntó.

«Por supuesto, Mrs. Arlington, lo que necesite.»

«Encantadora. ¿Podría dejar dos entradas en la taquilla para la lectura de mañana por la noche? Son para el Sr. Hamilton y su esposa.»

Hazel frunció el ceño.

«¿Hamilton?»

«Sí, el comerciante de muebles, lo encontré por casualidad y parece que su señora es muy fan de mis libros.»

«Ah, ¿Hamilton de Reading? ¿Dónde conoció al caballero?»

«En Basingstoke. Fui… de compras.»

Hazel volvió a fruncir el ceño, pero luego sonrió como siempre.

«Claro, no hay problema. ¿Dos entradas, entonces?»

«Sí, ¡es usted un sol!»

Hazel asintió y se fue hacia el vicario, que reía a carcajadas con el dueño del pub.

La gente se levantaba para buscar bebida en el bar improvisado o se acercaba al bufé.

Mrs. Mint estaba sola en una mesa, qué oportuno, quizá pudiera ayudarle un poco. Ariadne cruzó la sala entre los invitados, saludando con la cabeza aquí y allá, y se sentó junto a Mrs. Mint, que la recibió con una sonrisa.

«¡Vaya, la celebridad en mi mesa!», dijo riendo.

«No me lo recuerde. Al parecer tengo admiradores en todas partes. Es un poco inquietante, lo reconozco. Una suele pasar sus días despeinada y en bata frente a la máquina de escribir.»

«Y de vez en cuando resolviendo crímenes, ¿no es así?», replicó guiñándole un ojo.

«Bueno, cuando no queda más remedio…»

«Mrs. Sprout es mi sobrina», dijo entonces Mrs. Mint. «Me contó que estuvo usted hoy en Basingstoke, en el salón de belleza de nuestra ingenua jovencita.»

«Parece que aquí todos se conocen.»

«O están emparentados, sí. ¿Y descubrió algo interesante sobre nuestro amigo Hamilton?»

«Oh, sí, fue de lo más interesante.» Ariadne le resumió lo que Hamilton le había contado.

Mrs. Mint asintió y sorbió su gin-tonic.

«¿Y cree que Charles pudo haber robado el dinero?», preguntó en voz baja.

«Es una posibilidad, ¿no le parece? Samantha se enfada, Christopher lo ve todo, y entre los dos lo eliminan. Estuve un momento en la granja Hornhill y observé a Christopher. Es sin duda el hombre que vi huir de la iglesia el día del crimen. No tengo ninguna duda. ¿Y quién más tendría un motivo para matar a Charles?»

Mrs. Mint dio otro sorbo.

«¿Escribiría eso tal cual?»

«Pues… creo que no. El móvil es un poco… aburrido, digamos. Y demasiado obvio. Quiero decir, si lo escribiera tal como pasó, el lector sabría enseguida que el que huye es el culpable. El primero en la escena, etc. El caso se resolvería en, digamos, ciento cincuenta páginas. Pero claro, esto no es una novela, es la vida real. Y ahí lo obvio no importa, ¿no cree? ¿Por qué se ríe?»

«Mi madre siempre decía: 'La vida escribe las historias más absurdas'. Creo que debería confiar en su instinto. No quiero faltarle al respeto, querida, pero conocí bien a Charles. A veces me ayudaba en el jardín. Era la amabilidad personificada, y realmente muy sencillo. No diría que era tonto, desde luego. Tampoco lento, como decían otros. Más bien… limitado, esa es la palabra. Sabía muchísimo de plantas y era extremadamente honesto. Dudo mucho que siquiera entendiera el concepto de la mentira. No puedo creer que robara ese dinero.»

«¿Y a quién señalaría usted?»

«A Christopher, por supuesto. Ese tipo es un granuja. No trabaja, y siempre está metido en líos. Arruinó la granja de sus padres en pocos años – y además es un mujeriego. No creo que esté realmente interesado en Samantha.»

«Mmmh. Samantha le cuenta a su 'amante' que su tía guarda una buena suma en casa. Ella es ingenua, no se le ocurre que eso pueda tener consecuencias. Christopher, necesitado de dinero, entra a robar y Charles lo sorprende. Intenta detenerlo», dijo Ariadne.

«Exacto. Quedan para hablar en la iglesia y entonces discuten y… zas.»

Ariadne se apartó un mechón de pelo del rostro.

«Impulsivo», dijo entonces.

«¿Cómo?»

«Oh, perdone, esa palabra no me sale de la cabeza desde hace días. Me pasa a veces. Y lo que dice encajaría si Christopher fuera simplemente impulsivo. Una discusión, un accidente. Pero no fue así. No fue un arranque, porque entonces lo habría atacado enseguida. Además, el mecanismo que sostenía la cruz fue manipulado. Eso requiere planificación. ¿Cree que Christopher es de los que piensan con antelación?»

Mrs. Mint frunció el ceño y removió los restos del cóctel.

«Eso del mecanismo no lo sabía. Bueno, es hijo de granjero, y aunque sea un vago, seguramente tiene los conocimientos técnicos para manipular algo así, ¿no cree?»

«Sí, pero ¿lo haría?»

«Digámoslo así: si solo sedujo a Samantha porque ella mencionó el dinero de su tía, entonces…»

«Espere, no. Eso no encaja. Yo lo haría de otra forma: Samantha es una chica guapa. Los chicos del pueblo están locos por ella. Christopher no es la excepción. No quiere una relación seria – y no es precisamente el candidato ideal para casarse, así que no lo tiene fácil. Samantha, sin embargo, accede. Tal vez incluso… se acuesta con él. Él solo quiere divertirse, ella cree que es amor verdadero, algo que no tiene con Charles, que es amable, sí, pero aburrido. Le cuenta sus sueños, le habla del salón… y menciona el dinero. Para

Christopher eso no es un plan malvado, sino una casualidad afortunada.»

«Sinceramente, suena más a Christopher, sí. Ya hubo un escándalo hace dos años, sedujo a una chica de un pueblo vecino. Se quedó embarazada, un escándalo enorme, aunque él lo niega. Y ahora que lo pienso, Mrs. Ilfing dijo una vez que su sobrino Zacchary iba a partidas ilegales de póker en casa de un tal Mr. Hayes, en Parrington, y Christopher también. Eso explicaría su urgencia por conseguir dinero.»

«Oh sí, eso sí. Pero ahora tengo un agujero en la trama, querida.»

«¿Sí?»

Ariadne sonrió.

«Si Christopher no es de los que planean, entonces cuesta creer que haya ideado un asesinato tan elaborado. Es más de los que dan un puñetazo. Todo esto suena más a… ¡Cielos, claro!»

Mrs. Mint la miró, intrigada.

«¿Ha oído decir que el veneno es cosa de mujeres?»

Asintió.

«¿Y se ha preguntado por qué?»

«No sé… ¿porque es menos… sucio?»

Ariadne sonrió.

«También. Aunque depende del veneno, algunos son… pero mejor lo dejamos. Conozco a un psicólogo forense en Londres, el Dr. Fritz von Schöneich.»

«¡Tiene usted unos amigos…!»

«Viene con el oficio. Él dice que las mujeres prefieren matar a distancia. No quieren estar presentes cuando sucede, así se convencen de que no son directamente culpables. Aquí no es del todo el caso, porque quien empujó la escalera debió estar allí…»

«¿Debió?»

«No, quizá no. Yo pensaba que fue así: el asesino manipula el carrete. Charles sube a la escalera, sin el pasador de seguridad, el asesino empuja el mecanismo, él intenta sujetar la cruz y cae.»

«Pero no tuvo que ser así. La asesina pudo haber preparado la escalera y el mecanismo antes. Charles sube a limpiar, el carrete se suelta, la cruz cae y lo arrastra.»

«¡Exactamente!» Ariadne casi saltó de la emoción.

«¡Y por eso el olor a lavanda!», exclamó.

«Eso ya no lo entiendo.»

«Cuando estaba examinando la escalera, alguien me golpeó. Seguro que ya lo sabía.»

«Cariño, esto es un pueblo, aquí se entera todo el mundo. Pero ¿qué tiene que ver eso con la lavanda?»

«Justo antes de que me golpearan, olí lavanda. No la planta, era más bien un perfume, algo... fuerte, artificial.»

«¡Samantha tiene una crema con ese olor, si no me equivoco!»

«¡Ajá! Entonces quizá fue nuestra pequeña Samantha la que mató a Charles.»

«Podría ser. ¿Y ahora qué piensa hacer?»

«Voy a llamar a ese gruñón del inspector Jones y contarle todo lo que he averiguado. Y después deberíamos hacerle una visita al encantador señor Hayes.»

«Sí, pero de verdad debería involucrar a la policía, querida. Esta vez tuvo suerte, pero ¿quién sabe qué podría pasarle?»

Ariadne sonrió y se tocó el chichón en la parte trasera de la cabeza.

«Tiene razón. Estoy segura de que fue solo una advertencia, si no, ahora no estaría aquí. Ha sido de gran ayuda.»

«No se olvide mañana, cuando elijan el mejor pastel.»

«¡Ni hablar!»

«Bueno, señora Arlington, reconozco que su teoría tiene algo de lógica. No estoy del todo convencido de que Samantha encaje como asesina, independientemente de lo que digan los psicólogos. Pero mañana sin duda visitaré al señor Hayes… y también al señor Hornhill.»

«Eso debe hacerlo, pero yo voy con usted. ¡Después de todo, he hecho todo el trabajo!», dijo ella.

Jones suspiró al otro lado del teléfono.

«Si insiste. Al menos no puede pasarle nada mientras yo esté con usted. Bien, la recojo mañana a las diez en casa de su tía.»

«Perfecto. Hasta mañana, inspector jefe.»

Ariadne colgó y salió al jardín oscuro. El señor Higgins dormía en el césped y la tía Dorothy seguía en la fiesta del pueblo. Ella misma se había escabullido tras hablar con la señora Mint, con la excusa de tener dolor de cabeza y de querer prepararse para la lectura del día siguiente. Se sentó con una copa de vino blanco en el banco donde normalmente su tía tomaba el sol, y se puso a pensar.

Christopher había robado el dinero, Samantha había matado a Charles… ¡Bah, tonterías! ¿De dónde había salido entonces el dinero con el que Hazel pagó al señor Hamilton? Si Christopher lo había robado, ¿por qué iba Samantha a matar a Charles? No tenía sentido. Y había sonado tan bien, tan convincente, que hasta DCI Jones estaba dispuesto a interrogar al día siguiente a Christopher y Samantha. ¡En una novela los lectores me habrían destrozado por algo así! ¡Qué fastidio!

Alguien había robado el dinero. Charles había visto al culpable, de eso estaba segura. Una mujer la había golpeado, pero ¿había sido Samantha? ¿Vendía tal vez esa crema de lavanda? ¿Tenía Christopher una ex que también lo había estado observando y que luego le robó el dinero? Pero si así fuera, ¿por qué devolvérselo a Hazel, sabiendo que esta se lo daría a Samantha, su supuesta rival? ¿Y si entonces Samantha fue la que la golpeó, engañada por una historia inventada de Christopher y tratando de proteger a su amante? Ariadne dio un gran sorbo de vino blanco. El leve dolor de cabeza estaba regresando. Probablemente lo mejor sería acostarse más temprano que de costumbre. A veces, en esa fase breve entre estar despierta y dormida, encontraba la solución perfecta para un nudo en el argumento de una novela. Y en este caso, parecía que esa solución perfecta estaba justo ahí, servida en bandeja de plata... pero no lograba alcanzarla.

XIII

«¿Quiere un poco más de café? ¿O prefiere té?»

«Café estaría bien», dijo Jones, alargando su taza a la tía Dorothy. «Y con esos deliciosos muffins me vendría bien también una explicación: ¿por qué ahora ya no está tan segura como antes?», añadió, mirando a Ariadne, que en ese momento untaba mantequilla en su muffin.

«No es que de repente ya no esté segura, inspector jefe. Pensar y repensar este tipo de cosas forma parte de mi trabajo.»

Él arqueó una ceja.

«¿Ah, sí? ¿Y cuál cree usted que es el mío?»

«Seguro que no era esa la intención, inspector jefe», intervino la tía, mordiendo su muffin.

Ariadne suspiró. ¿Serían siempre tan susceptibles los hombres? Pensándolo bien… sí, lo eran. Mucho hablar, muchos hombros, y un ego tan delicado como el papel de seda. Respiró hondo y forzó una sonrisa neutral.

«Lo que quiero decir es que, como escritora, una a veces se mete en un callejón sin salida. Un motivo que parecía lógico y coherente durante la planificación del libro, deja de tener sentido cuando se desarrolla la historia. La motivación de los personajes no encaja, o hay demasiadas casualidades.»

«Sí, pero usted misma dijo que reconoció a Christopher Hornhill, y él tendría las habilidades necesarias para manipular la bobina, y si además fue quien entró en la casa, también tendría un motivo.»

Ariadne sorbió un poco de café.

«Cierto, huyó de la iglesia, y pensé: quien aparece primero en la escena del crimen, siempre es un sospechoso ideal. Además, según lo que dijo la señora Mint —a quien, personalmente, considero muy fiable…»

La tía asintió.

«… no tiene un empleo estable. Eso indica que probablemente tiene problemas económicos. Hasta ahí todo cuadra. Pero el problema es otro: el señor Hamilton.»

«¿Ah, sí? ¿Y por qué es él un problema? Por cierto, estos muffins están buenísimos.»

«El señor Hamilton es el proveedor de muebles y…»

«Sí, eso ya lo mencionó», dijo él mientras mordía su muffin.

«También dije que Hazel Thomas no pudo pagar lo acordado, probablemente porque durante el robo le robaron el dinero. Pero luego, de pronto, consigue reunir la cantidad. ¿De dónde salió todo ese dinero? Christopher no se lo habrá devuelto, ¿verdad?»

«Más tarde hablaremos también con la señora Thomas, no se preocupe. Yo veo dos opciones, señora Arlington. Primera: una explicación completamente inocente. Puede que aún tuviera ahorros, o que pidiera un préstamo al banco. Eso lo comprobarán mis colegas el lunes. Tal vez vendió alguna joya de la familia.»

«Hazel no tiene joyas familiares, inspector jefe. Estamos hablando de quinientas libras, eso es una pequeña fortuna. Nadie en el pueblo tiene objetos de valor en casa. Ni siquiera Zacchary.»

«¿Y quién es Zacchary?», preguntó, mientras se chupaba los dedos.

«El barón del caserón, ahí arriba», dijo la tía con una sonrisa, colocándole otro muffin en el plato.

«Bien, pues entonces que sea el préstamo. Pero hay otra opción: Christopher se dio cuenta de que el asunto era demasiado arriesgado. Así que devolvió el dinero en secreto. Pero Charles lo vio y lo chantajeó. Luego le dijo a Samantha que Charles había robado el dinero y que, durante una pelea —o porque lo amenazó— lo empujó. Un accidente, según él. Samantha le creyó, y cuando usted empezó a fisgonear en la iglesia, ella se puso furiosa y lo golpeó.»

«Inspector jefe, le diré algo: si Ariadne me planteara eso como parte de una novela, se lo tacharía de inmediato. Un ladrón con problemas de dinero que devuelve lo que robó… no me suena nada creíble», dijo la tía.

«¡Exacto! Mis lectores no me perdonarían algo así.»

«Entonces deberíamos alegrarnos todos de que esto no sea una novela, ¿verdad?», dijo él.

«¿Vamos a ver al señor Hayes?», preguntó Ariadne, recordando las palabras de la señora Mint. "La vida escribe las historias más

absurdas.”

«Si quiere, le pongo unos muffins para el camino», ofreció la tía.

La cara de Jones se iluminó con una amplia sonrisa. Y no era para menos, porque nadie horneaba muffins como la tía Dorothy.

«¿Hornhill? Claro que lo conozco. ¿Por qué? ¿Ese pájaro ha vuelto a liarla?»

El señor Hayes estaba delante de su tienda, fumando un cigarrillo. Parecía el típico tendero amable de toda la vida, con su barriguita bajo el delantal blanco, las mejillas sonrosadas, su bigote espeso y una brillante calva al sol. Pero había algo en su mirada que a Ariadne le recordó a un lagarto. Un brillo frío y extraño. Y su sonrisa también tenía algo que no le gustaba.

«Nos han dicho que solía frecuentar su tienda», dijo Jones.

«¿Mi tienda? Bueno, ¿qué quiere decir con ‘frecuentar’? Conocía bien al viejo Hornhill. Su mujer era de este pueblo y él venía a comprar de vez en cuando. Así que, claro, también conocí al chaval.»

«¿Y no habrá sido que de vez en cuando jugaba a las cartas por aquí, por casualidad?», preguntó Ariadne.

La sonrisa desapareció de los ojos de Hayes, aunque no de sus labios, al volverse hacia ella.

«Señorita, no tengo ni idea de qué me está hablando. Soy un cristiano devoto. ¡Jamás participaría en juegos de azar!»

¡Ajá! Ya se había delatado. Y por su cara, parece que acababa de darse cuenta también.

«Mire, ahora mismo me da bastante igual, incluso si estuviera dirigiendo un casino clandestino. No se haga el inocente, Hayes. Me he informado un poco sobre usted. ¿Quiere que empiece a leer su historial?», preguntó Jones con una sonrisa.

«Si no tiene pruebas concretas, entonces yo diría que…»

«Señor Hayes, solo queremos información sobre Christopher Hornhill, nada más», dijo Ariadne.

«¿Y qué quieren que les diga? ¡Ese chico es un vago! Eso sí lo puedo afirmar. Un holgazán, un inadaptado, así lo definiría. Pero

tengo buen corazón. Vino a verme hace unas semanas porque necesitaba dinero. Para un tractor nuevo.»

«Ah, qué curioso. No lo conoce usted realmente, pero viene justo a usted a pedirle dinero. Interesante», dijo Jones.

«¿Qué quiere que le diga? Soy una buena persona, y eso aquí todo el mundo lo sabe. Quería comprarse un tractor, parece que quería poner en orden la granja. Y como recordaba al padre, le presté el dinero.»

«¿Y cuánto fue ese "préstamo"?», preguntó Ariadne.

«Quinientas libras», dijo Hayes como si se tratara de calderilla.

«Debe tener usted un corazón inmenso», dijo Jones.

«¡Ya se lo he dicho! ¡Soy un filántropo!»

«¿Y cuándo debía devolvérselo?», preguntó Ariadne.

«No había prisa. Esta tienda da bastante, ¿sabe usted?»

Sí, desde luego, esa tiendita con zanahorias pochas en la entrada parecía todo un imperio…

«Pero si quiere saberlo con exactitud, me devolvió el dinero el miércoles pasado. Todo.»

«Qué rápido», dijo Jones.

«Sí, la verdad es que no me lo esperaba, lo admito. ¿Tienen más preguntas? Me va a llegar un pedido dentro de nada», dijo Hayes, tirando la colilla al suelo sin miramientos.

«No, por ahora es suficiente, señor Hayes. Muchas gracias», dijo Jones.

«Encantado, siempre dispuesto a colaborar con la autoridad», respondió, guiñándole un ojo a Ariadne de una forma que casi le revuelve el estómago, y se fue caminando tranquilamente de vuelta a su tienda.

«¡Qué tipo más repugnante!», dijo Jones cuando volvieron a subir al coche.

«¡Sí, y al menos ha desmontado una de sus teorías, querido mío!», dijo ella mientras él arrancaba.

Él la miró frunciendo el ceño.

«¡Vamos, inspector jefe! Sea cual sea la verdadera razón: Christopher le debía quinientas libras a Hayes. Yo supongo que por

alguna partida ilegal o algo así. Pero ya le devolvió el dinero —¡el martes!—, es decir, dos días antes del asesinato. Así que el dinero que Hazel pagó a Hamilton no puede ser el mismo botín que Christopher devolvió en un momento de remordimiento.»

Jones frunció el ceño y murmuró algo entre dientes.

«¡Preguntemos a Hornhill qué tiene que decir al respecto!»

«¿Eso dijo?», escupió Christopher en el suelo.

«Sí, exactamente eso», respondió Ariadne.

«Ese tipo es un mentiroso. No le crean ni una palabra.»

«Entonces, ¿cómo explica que yo lo viera el día del asesinato en la iglesia? ¿Y al día siguiente en el cementerio, con Samantha?», preguntó Ariadne.

Christopher encendió un cigarrillo. Dio una calada nerviosa y expulsó el humo por la nariz.

«No tengo ni idea de a quién vio, señora, pero no era yo.»

«¿Ah, tiene usted un hermano gemelo? Señor Hornhill, estaba en la ventana del apartamento de Charles y lo vi perfectamente. Admítalo, tiene usted una relación con Samantha Thomas.»

«¿Una relación? ¡Venga ya! ¡Yo con esa no tengo nada! ¡Jamás en la vida! ¡Esa chica es más tonta que una piedra!»

«Pero bonita, ¿no?», preguntó Jones, apoyado en el viejo tractor oxidado.

«Puede ser», murmuró Hornhill, el cigarrillo entre los labios y la vista clavada en sus botas.

«¿"Puede ser"? ¿Eso es una respuesta? Usted tiene una relación con Samantha. ¿Fue fácil de conquistar? ¿Le prometió el oro y el moro? Eso fue, ¿verdad? Se ganó su confianza, pero solo buscaba divertirse un rato. ¿Se burlaba de ella a sus espaldas? ¿Se reía con sus amigos de la pobre ilusa? ¿Como con aquella otra chica del pueblo de al lado?»

Hornhill la miró fijamente un instante, y en su mirada destelló tanto odio que Ariadne temió que fuera a golpearla. Pero luego fue como si le hubieran quitado el tapón y todo el aire se le escapara del cuerpo.

«Eso fue diferente. Yo pensaba casarme con ella, pero su padre me lo prohibió. Me amenazó de muerte si me volvía a acercar a su hija. Para él, yo no valía nada. Claro, todo fue culpa mía, ¿no? El idiota de Hornhill, ese don nadie. Que arruinó la granja de su padre y luego dejó embarazada a una pobre chica y se desentendió de ella. Seguro que eso le han contado, ¿verdad?»

«Más o menos», dijo Ariadne.

«Pues ahora escuche cómo fue de verdad: nosotros queríamos casarnos, pero mi padre me dejó solo deudas. Entonces fui a ver a Hayes, ese usurero. Ningún banco quería prestarme dinero, y sabía que mi padre ya le había pedido antes. Sí, sé que fue un error, pero no tenía otra opción. Pensé que si arreglaba un poco la casa, igual podríamos casarnos… Pero luego, ese desgraciado quiso que le devolviera todo con intereses. Le había pedido doscientas libras, ¡y quería que le pagara quinientas! Y fue muy claro al respecto», dijo, bajando un poco la camisa. Una cicatriz reciente le cruzaba el pecho.

«¿Y Samantha?», preguntó Jones.

«Esa iba contando por ahí que su tía tenía una pequeña fortuna guardada en casa. Se lo dijo a todo el mundo, la muy boba. Más de quinientas libras, ahí sin más. ¿Y para qué? Para abrir un estúpido salón de belleza. ¡Y yo que de verdad necesitaba el dinero!»

«Así que se acercó a Samantha, ¿no es así? Para averiguar dónde guardaban el dinero. Y ella, enamorada como estaba, se lo contó todo, ¿verdad?»

Hornhill guardó silencio y fumó.

«Señor Hornhill, si hace falta tomaremos huellas. Seguro que encontramos las suyas en la caja donde estaba el dinero. Y en la puerta.»

Hornhill levantó la vista y tiró la colilla.

«¡Sí, maldita sea! ¡Entré en esa casa y me llevé el dinero! ¡Mi vida estaba en juego, ¿qué otra cosa podía hacer?! Iba a devolverlo de algún modo, pero… pero…»

«Charles lo vio y empezó a chantajearlo, ¿verdad?»

Hornhill lo miró fijamente.

«¿Charles? ¿Chantajearme? No diga tonterías. Le habría partido la cara. Nadie me vio. Espera… no me estará diciendo que… ¡Oh, no!

¡Yo no tuve nada que ver con la muerte de Charles! ¡Nada!»

«¿Y entonces qué hacía usted el jueves en la iglesia?»

«Iba a ver a Samantha, a decirle que lo nuestro se acabó. Pero apareció una mujer y me largué enseguida. No quería que se supiera que estaba con ella.»

«¿Podría haber sido Samantha esa mujer?», preguntó Ariadne.

«No, ¡seguro que no! No tengo ni idea de quién era, pero no tengo nada que ver con ese asesinato, lo juro. Tomé el dinero y se lo di a Hayes, eso lo reconozco. Pero nada más.»

Jones sacó las esposas de su cinturón, y Ariadne vio puro pánico en la cara de Hornhill.

«¡Lo juro! ¡No le hice nada a Charles!», jadeó, retrocediendo un paso.

«Señor Hornhill, queda detenido por el robo en la casa de Hazel y Samantha Thomas y como principal sospechoso de asesinato.» En un movimiento rápido, le agarró la muñeca. Por un instante, Ariadne contuvo la respiración. ¿Se resistiría? Pero como antes, la tensión le duró apenas un segundo: se vino abajo como un castillo de naipes y dejó que Jones le pusiera las esposas y lo llevara al coche.

«Seguiremos con esto en la comisaría del pueblo. Luego será presentado ante un juez en Londres. Señora Arlington, ¿viene?»

«Siga usted sin mí. Iré caminando», respondió.

«Pero hasta el pueblo hay un buen trecho», dijo Jones.

«Cortaré por el cementerio —y ahora mismo necesito un poco de aire fresco», dijo ella. Jones se encogió ligeramente de hombros y llevó a Hornhill al coche.

Ariadne los vio alejarse. El terror en los ojos del joven había sido real, de eso estaba segura. Aquella historia sobre la chica del otro pueblo sonaba demasiado tópica como para ser mentira. Miró a su alrededor. Efectivamente, parecía que Christopher había reparado el tejado de la casa. Había ventanas nuevas apoyadas en el granero, y la veranda acababa de ser pintada. A todas luces, estaba intentando poner orden en el caos de la granja. ¿Iba a arriesgarse a acabar en la horca por eso? No aprobaba lo que le había hecho a Samantha —ni mucho menos el robo—, pero casi podía entenderlo. Y él estaba convencido de que no había sido Samantha. ¿Por qué protegerla? Ya

le había servido para lo que quería. Le habría bastado con señalarla con el dedo, sabiendo que apenas podría defenderse. No, él había visto a una mujer… una mujer. Miró el parterre desordenado y se echó a reír.

¿Qué tan tonta se podía ser? ¡Si hasta lo había dicho ella misma! El primero en aparecer en la escena… Miró el reloj y soltó un suspiro. Aún faltaban tres horas para esa maldita lectura. Bueno, la investigación tendría que esperar un poco. Estaba bastante segura de que el asesino no iba a escaparse.

XIV

«¿Tía Dorothy? ¿Estás en casa?», llamó al llegar al cottage tras una caminata de más de veinte minutos. Nadie respondió, salvo el señor Higgins, que salió trotando lentamente al pasillo moviendo la cola y se dejó caer sobre un sobre que había en la alfombra.

«¿Te han dejado solo, bichito? Ahora te preparo algo rico, pero primero tienes que apartarte un poquito», dijo ella. Cuando se trataba de comida, el perro entendía absolutamente todo. Se levantó con parsimonia, dio un paso al costado y volvió a sentarse, jadeando.

Ariadne se agachó y recogió el sobre, que sorprendentemente estaba dirigido a ella. No reconocía aquella letra firme y meticulosamente pulcra. Además, no tenía sello, así que alguien lo había dejado personalmente. Fue a la cocina, con el señor Higgins pisándole los talones. Con un cuchillo de cocina abrió con cuidado el sobre perfectamente cerrado, mientras el perro se enredaba entre sus piernas como si fuera un gato.

«Un momento, pequeño. Ya estoy contigo», murmuró, y sacó la carta del sobre. Solo había unas pocas líneas en aquel papel que parecía bastante caro.

«Estimada señora Arlington: hay ciertas irregularidades en la contabilidad de la iglesia. Tengo el mal presentimiento de que esto podría estar relacionado con la muerte de Charles. Le agradecería que viniera cuanto antes a la rectoría para que podamos hablarlo. Atentamente, vicario Cronby», leyó. El señor Higgins comenzó a rogar con tal insistencia que rozaba lo desesperante, así que se levantó, la carta aún en la mano, y sacó un trozo del pollo frío que había sobrado de la comida del día anterior.

«¡Toma, pesadilla!», dijo, y se lo lanzó. El perro prácticamente se lo tragó sin masticar.

«Y ahora, ¡vamos a hacerle una visita al vicario!», exclamó, tomando la correa.

«¿Hola? ¿Vicario? ¿Está usted ahí?», llamó al entrar en el oscuro y amplio recibidor. El señor Higgins olfateaba nervioso; nunca lo había

visto así.

«Hola, soy Ariadne. Vengo por la carta… ¿Hola?»

Nadie respondió, y Ariadne sintió un escalofrío. Oyó un ruido metálico al fondo de la casa; tal vez el vicario no la había oído. Avanzó por el pasillo y se detuvo. En el aire flotaba un suave aroma a lavanda…

Al llegar a la puerta de la cocina vio a Hazel, que estaba de espaldas en el fregadero y se giró hacia ella con una sonrisa.

«¡Ay, señora Arlington! No la había oído entrar. Me temo que el vicario ya se fue al bazar. Me pidió que le ayudara con unas cosas aquí. Pase, ¿le apetece una taza de té?»

Ariadne se quedó inmóvil. Hazel llevaba un delantal, sonreía, pero en el borde del algodón blanco había manchas rojas. El aroma a lavanda era mucho más intenso. ¿Cómo no lo había notado antes?

«Bueno, puedo volver más tarde. Solo quería hacerle una consulta al vicario», dijo ella.

La sonrisa de Hazel se congeló y, con una mano detrás de la espalda, se acercó a Ariadne.

«No, venga, que le preparo un té bien rico.»

El señor Higgins gruñía ahora como un lobito, tirando de la correa.

«¿Quieres una golosina?», preguntó Hazel, avanzando otro paso.

«Ya ha comido, no debe abusar a su edad, y yo de verdad debería irme ya…»

Hazel dio un salto hacia adelante, blandiendo un mazo de cocina en la mano derecha.

«¡Usted no va a ninguna parte, querida!», dijo.

Ariadne quiso retroceder, pero tropezó con la alfombra y cayó. Hazel se abalanzó sobre ella.

«¿Por qué tuvo que revisar el vicario los libros ahora? ¿Y por qué tuvo usted que meter las narices donde no la llamaban? ¡Todo el mundo habría creído que fue un accidente! Pero no… Qué torpeza, que justo ahora haya tropezado y se haya golpeado la cabeza», dijo Hazel, alzando el mazo con gesto amenazante.

Ariadne estaba paralizada, intentó arrastrarse hacia atrás, pero entonces Hazel gritó, gimió y también cayó al suelo.

Ariadne se incorporó y vio al señor Higgins aferrado con fuerza al tobillo izquierdo de Hazel. Qué buen chico…

«Le gusta meterse en líos, ¿eh?», dijo Jones, deslizándole una taza de té sobre la mesa de la cocina.

«No ha pasado nada, tenía un guardián muy valiente», dijo ella, señalando al señor Higgins, que masticaba un hueso con aire triunfal.

«¿Cómo está el vicario?»

«Un chichón y una herida leve. Parece que ha llegado usted justo a tiempo. Bueno, explíqueme ahora qué demonios ha pasado aquí.»

«Creo que será mejor que eso lo cuente Hazel», respondió ella, mirando a los dos sanitarios que justo en ese momento sacaban a Hazel en camilla de la casa, con el tobillo vendado.

Hazel estaba acurrucada como un alma en pena en la desvencijada silla de la comisaría de Bedford, con los ojos enrojecidos y la mirada clavada en la taza de té.

«¡Yo no quería que todo esto pasara!», susurró.

«¿El qué? ¿Asesinar a Charles? ¿Robar el dinero de la parroquia? ¿Atacar a la señora Arlington? ¿Secuestrar al vicario?», preguntó Jones, sentado frente a ella, con su libreta abierta. Ariadne le dio un pequeño codazo.

«Cuéntenos cómo sucedió todo esto», le pidió, mirándola directamente a los ojos.

«Fue… fue todo tan horrible. Solo quería cumplir el sueño de Samantha. Nada más. Eso es lo que se hace por amor, ¿no?», dijo ella con la voz quebrada.

«Claro, hacemos casi cualquier cosa por las personas que amamos», dijo Ariadne, tomando la mano de Hazel.

«Reuní todos mis ahorros para cumplir el sueño de Samantha. ¡Más de setecientas libras! Y además pagué la fianza del local. Lo tenía todo adelantado, incluso el alquiler de los tres primeros meses, cuando me robaron el dinero.»

«Fue un poco imprudente guardarlo en casa», comentó Jones, pero se quedó callado cuando Ariadne le lanzó una mirada fulminante.

«¿Por qué no acudió a la policía cuando se produjo el robo?», preguntó Ariadne.

«¿Y para qué? No tengo seguro, ¿cómo iba a recuperar ese dinero?», dijo Hazel, limpiándose una lágrima. «¡Y no tenía tiempo! Hamilton ya me había amenazado con llevarse de nuevo los muebles. Necesitaba el dinero cuanto antes. ¡Si no, Samantha me habría odiado! Y entonces pensé en el dinero de la parroquia. El vicario nunca se ocupaba de eso, siempre era yo quien llevaba las cuentas, quien organizaba el bazar… Solo pensaba tomarlo prestado, ¡yo no soy una ladrona!»

«¿Y Charles la vio tomarlo?», preguntó Ariadne.

«Sí, y dijo que se lo contaría al vicario. Intenté explicárselo, pero… no quiso entenderlo. Repetía que robar estaba mal, que no podía callárselo. No podía permitirlo.»

«¿Así que lo atrajo a una trampa cuidadosamente preparada?», intervino Jones.

«Sí, manipulé el mecanismo y lo dejé bloqueado. Solo tuve que quitar la grapa de metal y la cruz cayó. ¡No quería matarlo! Solo que se hiciera daño, que lo ingresaran en el hospital. Solo necesitaba un poco más de tiempo para devolver el dinero, ¡de verdad! Nunca pensé que se lastimaría tanto. ¡De verdad que no!»

«¿Y cuando revisé la escalera…?»

Hazel tragó con dificultad.

«No fue mi intención, lo siento tanto… Debe pensar que soy una persona horrible.»

La idea le había cruzado por la mente, pero aun así negó suavemente con la cabeza.

«Solo quería asustarla, que dejara de investigar…»

«¿Y qué pensaba hacer con el vicario?», preguntó Jones.

«No lo sé. Fue un impulso. Me mencionó el dinero que faltaba de la caja, y me nublé… ¡Tenía que hacerlo! ¡Tenía que hacerlo! Si no, Samantha jamás volvería a hablarme, y eso no lo habría soportado.»

«¿Otra vez no?», preguntó Ariadne.

«Mi hermana siempre me culpó de que, de niña, tuviera un accidente. Y supongo que sí fue culpa mía, porque no la vigilé bien. Se cayó del muro y se rompió el pie. Nunca sanó del todo y cojeó

toda la vida. Yo no quería que pasara, pero seguramente fue mi culpa, al fin y al cabo yo era la mayor. Siempre me hizo sentir que se había casado con un hombre sin futuro porque no pudo cumplir su sueño de ser bailarina. Yo… no lo habría soportado si Samantha hubiera llegado a odiarme igual. Tenía que tomar el dinero, tenía que…»

Hazel rompió a llorar y Ariadne asintió a Jones. Salieron juntos de la sala mientras una agente uniformada entraba para encargarse de Hazel.

«Trágico todo esto, ¿no cree?», le preguntó.

«Sobre todo para Charles.»

«Bueno, también para Samantha, si lo mira bien. No es que sea la persona más encantadora del mundo, pero lo ha perdido todo. Su prometido ha muerto, su amante solo la utilizó, el dinero ha desaparecido, y con él el salón… Tendrá que devolverle a la iglesia hasta el último penique. Tal vez pueda hablar con el señor Hamilton y el vicario. Ya hay dos vidas destrozadas, ¿no cree usted que eso es suficiente, inspector jefe?»

«Señora Arlington, creo que podremos encontrar una solución», dijo el vicario, que con el vendaje en la cabeza parecía más bien un faquir.

«Tengo la sensación de que el salón funcionará muy bien», dijo Ariadne.

«Podría devolvernos el dinero a plazos. Aún debo consultarlo con el consejo parroquial, pero creo que es factible.»

«Y yo lo adelantaré», dijo ella. «Mi última novela está teniendo mucho éxito. No, no se oponga. La iglesia necesita ese nuevo tejado, por eso estamos montando todo este lío. Yo le prestaré el dinero a la parroquia hasta que Samantha pueda devolverlo. Creo que es lo mejor para todos. Y ahora, ¡tengo que darme prisa! ¡Tengo una lectura dentro de nada! Vamos, señor Higgins, ¡nos vamos!»

XV

«Estaba indefenso y ellos pudieron planear con calma sus próximos pasos. Tengo mucha curiosidad por saber qué revelará la autopsia, pero tengo el presentimiento de que encontrarán una sobredosis de analgésicos…», leyó, y luego cerró el libro.

Tardó solo un instante, y el aplauso estalló. Así que había sido la decisión correcta leer un fragmento del último Roland Arford. Bueno, tampoco era de extrañar: era su serie más exitosa.

Había visto a los Hamilton entre el público. Por la mirada perdida de él, parecía que el verdadero fan era él. Para su sorpresa, también estaba Margret. ¿Qué hacía ella allí? ¿Temía que se escapara con el nuevo manuscrito? No importaba, ahora tocaba ponerse la mejor sonrisa, estrechar manos y firmar libros.

«¿Todo bien?», preguntó la señora Mint, que se acercaba junto a la tía Dorothy.

Suspiró aliviada y se frotó la muñeca.

«Sí, por fin. Y veo que has ganado el premio al mejor pastel. ¡Más que merecido!», dijo Ariadne con una sonrisa.

«¡Ja! Sé perfectamente que tú has tenido algo que ver, querida. Mi pastel no lo necesita, si se me permite la falta de modestia, pero hasta ahora nunca había ganado. Siempre ganaba Hazel con su seco bizcocho de fresa. Te agradezco que hayas apartado a esa señora del camino y, por lo visto, hayas hablado con el comité del concurso.»

«Técnicamente fue el señor Higgins quien la apartó del camino», dijo Dorothy, que llevaba al roncador teckel en brazos.

«Cuesta creer que ese perro pueda moverse más rápido que un caracol», dijo Ariadne riendo. Mr. Higgins abrió un ojo y la miró con cierto reproche.

«¡Daaaaaarling!»

Ay no, Margret…

«Maggy, querida, ¿qué haces aquí?»

Dorothy y la señora Mint se retiraron discretamente, o al menos lo intentaron.

«¿Ese es el teckel? ¡Magnífico! ¡Maravilloso! ¡Fantástico! Ariadne, querida, siempre con tus ocurrencias. Resuelves un asesinato real con la ayuda de un detective canino, no, es que eso es realmente delicioso. Estoy fascinada. F-a-s-c-i-n-a-d-a. Tenemos que hablar de eso. Imprescindible. En cuanto estés de nuevo en Londres, tenemos que ir a comer juntas —y trae a ese encantador perro contigo», dijo todo de un tirón, extendiendo la mano para acariciar la cabeza de Mr. Higgins.

Pero el perro gruñó de pronto como un lobo, y Margret se echó atrás horrorizada antes de lanzar una risa tan fingida como siempre.

«¡Uy! ¡Una fiera de verdad! Encantador, encantador, encantador. Un detective perruno, eso sí que sería algo. Tenemos que hablar de eso. Y de casos reales. Policíacas sobre crímenes verdaderos, sí, suena emocionante. Ay, ya es tan tarde, tengo que irme. ¿Te acuerdas del manuscrito? Y también del nuevo Arford, tenemos que hablar de él. ¡Chao!», dijo, y desapareció como una ráfaga.

«¿Y eso qué ha sido?», preguntó la señora Mint.

«Mi editora. ¿Un policial con perros? Creo que ya empieza a perder la cabeza.»

Mr. Higgins la miró —y ella estaba casi segura de que le había asentido.

Fin

Los legendarios muffins de desayuno de la tía Dorothy, famosos incluso más allá del condado



¡Los English muffins no son pastelitos dulces! En realidad, se trata de un panecillo típico del desayuno, similar a nuestros bollitos, pero más esponjoso y blando. Tradicionalmente se sirven aún calientes y ¡jamás se cortan con cuchillo! Un auténtico English muffin se parte con los dedos antes de untarlo generosamente con mantequilla. Son muy apreciados con mermelada o miel, aunque hay británicos que los mojan en la yema de un huevo pasado por agua en lugar de la típica tostada, o los usan para recoger el huevo escalfado y los restos de salsa de un desayuno inglés completo.

Los ingredientes

500 ml de leche
55 g de mantequilla
1 sobre de levadura seca o 1/2 cubito de levadura fresca
3 cucharadas de miel
1 huevo
700 g de harina de trigo
1 pizca de sal
Un poco de polenta o harina de maíz

Preparación

Caliente la leche en un cazo pequeño y derrita en ella la mantequilla. La mezcla debe estar tibia cuando disuelva la levadura en ella y espere a que se formen burbujas. Añada entonces la miel y el huevo, y mezcle todo bien.

Coloque la harina en un bol grande y forme un hueco en el centro. En él vierta la mezcla de leche, mantequilla, miel y huevo. Amasar bien durante unos diez minutos, incorporando la sal poco a poco. Amasar hasta que la masa adquiera una textura elástica. Por cierto, ¡la masa debe quedar blanda y pegajosa, así está perfecta!

Coloque la masa en un bol ligeramente engrasado y cúbrala con un paño de cocina. Déjela reposar durante una hora en un lugar seco y cálido. La tía Dorothy siempre pone el bol en su cama para ello.

Tras una hora, la masa debe haber duplicado su volumen. Colóquela sobre una superficie enharinada, amásela con cariño y divídala en 20 porciones iguales. Forme bolitas y aplánelas ligeramente.

Ponga papel de horno en una bandeja y espolvoréelo con polenta o harina de maíz. Coloque las veinte piezas con algo de espacio entre ellas sobre el papel, cúbralas con un paño de cocina y déjelas reposar otra hora en un lugar cálido.

Precaliente el horno a 165 °C con calor arriba y abajo y caliente una sartén grande a fuego medio. Una vez que hayan reposado, dore los muffins en la sartén sin grasa por ambos lados hasta que adquieran un bonito color dorado. Después colóquelos de nuevo en la bandeja de horno y hornéelos durante unos 13 minutos.

Después del horneado, deje que se enfríen un poco. Están más ricos templados, aunque también se pueden tostar nuevamente.

¡Buen provecho!

Pastel ganador de Mrs. Mint



Del recetario de Mrs. Mint, de soltera Van Dyken.

Tarta de manzana según la receta de mamá

Los ingredientes

300 g de harina
125 g de azúcar glas
2 yemas de huevo
2 cucharadas de leche
1 sobre de azúcar avainillado
½ sobre de levadura química (tipo Royal)
1 pizca de sal
125 g de mantequilla
2 sobres de preparado para pudin (vainilla Bourbon)
4 cucharadas de azúcar
¾ de litro de leche
1 kg de manzanas, cortadas en gajos
100 g de mantequilla
1 cucharada de miel
1 cucharada de leche
80 g de azúcar
100 g de almendras laminadas

Preparación

Preparar una masa quebrada con los primeros ocho ingredientes y extenderla en un molde engrasado de 28 cm.

Preparar el pudin como de costumbre con la leche y el azúcar, y mezclar las manzanas cortadas en gajos. Verter esta mezcla sobre la base de masa.

Derretir la mantequilla, añadir la miel, la leche, el azúcar y las almendras laminadas, y remover hasta que el azúcar se disuelva. Repartir esta mezcla por encima del pastel.

Precalentar el horno a 180 grados y hornear el pastel entre 45 minutos y 1 hora.

¡Sabe mejor con nata montada recién hecha!

Fin

El próximo caso de Ariadne:

Tango mortal

¡Sígame en Amazon y no se pierda ninguna novedad!